



FERNANDO POO (SANTA ISABEL).—Hermoso edificio de mampostería en Santa Isabel, destinado al Juzgado de 1.ª Instancia, Notaría y Registro de propiedad. Lo ha construido en muy poco tiempo el acreditado contratista Sr. D. Eugenio Alarcón, y de él hizo entrega al Estado hace unos cuarenta días. El Sr. Alarcón se ha servido, para su construcción, de albañiles que aprendieron en la Misión católica. Buena lección para aquellos que falsamente aseguran que el misionero no enseña más que el Catecismo.—R. producción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 223).

CARTAS DE MISIONEROS

TANGER

Pascua musulmana

SE acabó el famoso Ramadán ó cuaresma musulmana, tiempo triste, lánguido y de poca vida, del cual dimos noticia en el número anterior, y de bruces nos encontramos con mucho regocijo y algazara.—¿Qué pasa? se pregunta asombrado el extranjero: y amable responde uno del país.—Los moros acaban de entrar en una de sus cinco pascuas, la llamada *Aid-seguer*, que en nuestro lenguaje significa Pascua pequeña.

Es la que despide el tiempo de ayuno y penitencia, y es, en consecuencia, la más anhelada de los moros.

El rito principal de dicho día consiste en ir todos los moros juntos á la mezquita para hacer la oración, la cual terminada, el Kadi les dirige una exhortación animándolos á que cumplan fielmente con los deberes que les impone el Alcorán, y en particular á que sean constantes en contra de los infieles, pues así llaman ellos á los cristianos. Los musulmanes tienen obligación de oír al Kadi por lo menos una vez al año, y para el efecto, el primer día de esta Pascua es el más apropiado, porque es tal la multitud de gente que se reúne, que las mezquitas por lo general son incapaces para tanto concurso, y se ven precisados á tener que recurrir á las Mesalas (en donde las haya) ó al campo. Concluida dicha plática, lo primero que comen es pan con miel ó

Año XXI.—Núm. 406

manteca, porque al ayuno de la cuaresma debe suceder la alegría y los excesos en las comidas, y si en el Ramadán mueren tantos por falta de templanza, ¿qué tal sucederá cuando se ven libres de las privaciones de aquél? en suma, es una mortandad la que acarrea este lapso de tiempo.

Además, en esta Pascua que dura ocho días hacen variedad de dulces, los cuales se regalan unos á otros, extendiéndose hasta tal punto su liberalidad, que aun los mismos comerciantes cristianos participan de sus donativos. Tienen precepto de no beber vino, pero en tales días no se sabe por donde impetran dispensa tan amplia que la mayor parte se embriagan, de tal modo que la gente europea se ve precisada á no salir de sus casas para no encontrarse en apurados trances.

Tánger, 11-9 13.

FR. S. C.

TURQUÍA

El paso de los bárbaros de Europa

Es del R. P. Clément, asuncionista, la siguiente carta fechada en Gallipoli el 28 de Septiembre último.

LA prensa diaria os habrá enterado de los horrores de que han sido teatro estas comarcas al avanzar las tropas otomanas para recuperar Andrinópolis.

20 de Octubre de 1913

He visitado estas regiones desoladas anhelando socorrer, á lo menos con palabras de consuelo y con el recuerdo de que Dios es Padre amoroso siempre, hasta cuando nos prueba con las más negras tribulaciones; y regreso de ellas destrozado el corazón por la vista de tantas familias que lloran.

Pueblos saqueados é incendiados: pueblos desiertos, pues los pocos habitantes que escaparon de la guerra ó del exterminio, careciendo de modo de vivir, emigraron; pueblos que subsisten para vergüenza de los que tienen de la guerra el mismísimo concepto que el salvaje más cruel.

No contemos los muertos, sería tarea ímproba, interminable ¡paz para sus almas! Acordémonos de los vivos y de sus necesidades: son dignos, dignísimos de piedad.

Semanas y semanas han vivido escondidos en lo más alto, en lo más fragoso de los montes: el hambre, la sed y las noches frías les han obligado á abandonarlos. ¿Qué será de ellos? Hoy aún viven, les basta para ello unos granos de maíz, y las raíces que cocen en agua y sal; pero dentro breves semanas empezará el terrible invierno de la Tracia, y entonces ¿qué harán?

La perspectiva es desconsoladora para los que no pueden volver á sus casas: y son la casi totalidad.

Hace poquísimos días llegó del interior un convoy de más de mil personas (mujeres y niños). Son los pobres sin hogar, los vecinos de pueblos que ya no existen, las víctimas de la guerra más dignas de compasión, que han vivido en la montaña meses enteros y que han perdido unos el padre y la madre, otros el esposo y los hijos que fueron capaces de empuñar un fusil. ¿Qué harán? lo ignoro. Cuando hace dos meses llegó la primera de estas caravanas de víctimas inocentes, constaba de 430 personas, los embajadores intervinieron y obligaron á los búlgaros á cuidar de la vida de aquellos desgraciados.

¡Si vierais cuántos huérfanos! ¿quién se preocupa de ellos? ¿quién secará las lágrimas? ¿quién dará pan á estos niños sin madre?

¡Que el Sagrado Corazón tenga misericordia de nosotros, y que los buenos católicos no nos olviden en nuestra aflicción!

NOTICIAS VARIAS

Barcelona

El Ilmo. Sr. F. Celestino Ibáñez, O. F. M., en la Redacción de LAS MISIONES CATÓLICAS.—El lunes 6 del corriente, honró con su visita la Redacción de LAS MISIONES CATÓLICAS, el Ilmo. Sr. Fr. Celestino Ibáñez, O. F. M., Obispo titular de Bagense y Vicario apostólico del Shensi Septentrional. El Ilmo. Sr. Ibáñez nos contó, con la amabilidad que le caracteriza, las necesidades de su Vicariato, de reciente fundación, y en consecuencia sin iglesias, sin escuelas, sin nada de cuanto ayuda á convertir almas. Los actuales momentos son para la Celeste República de transición radical: los chinos ilustrados comprenden y el pueblo presiente la falsedad de unas creencias que han sido seculares gracias al aislamiento y á la ignorancia: bus-

can la explicación del misterio de la vida y anhelan saber qué hay más allá de la tumba. El que ayude con mano pródiga al misionero católico que trabaja en China, contribuirá á la salvación de un pueblo, á que un día sea católica una gran nación. Yuan She Kai ha sido elegido primer presidente de la República, las grandes potencias la reconocen, se afianza la paz, madre del progreso. El actual Presidente ha dado repetidas pruebas no sólo de tolerar, sino también de apreciar la Religión Católica, que profesan uno de sus ministros, uno de sus secretarios y otros varios prohombres republicanos. Aprovechamos, pues, la oportunidad, y con nuestras oraciones, á las que los pudientes deben sumar sus limosnas, ayudemos al Misionero á ganar para el Cielo aquella inmensa tierra regada con sangre de centenares de mártires, lo cual quiere decir madre de excelentes cristianos. Oremos y trabajemos para que un día lo sea la generalidad ¡ojalá la totalidad! de la población. Y no nos olvidemos del Vicariato del Shensi Septentrional, que es el más pobre de los Vicariatos chinos.

Duelo general.—La inesperada muerte del eminentísimo Purpurado Cardenal Vives y Tutó, ha causado en el mundo católico, y especialmente en Cataluña, de donde era hijo, general y profundísimo sentimiento, que se ha evidenciado en los incontables telegramas de pésame que estos días vienen cursándose, en los píos sufragios que al alma de tan benemérito como ilustre compatriota se han tributado y en él no interrumpido visiteo que en todas las residencias Capuchinas de la región catalana ha podido notarse de personalidades que allí acudieron, testimoniando su pésame por tan irreparable pérdida.

La Prensa ha dedicado unánimes y calurosos elogios al ilustre finado, publicando extensas biografías y encomiásticos artículos sobre la eminente personalidad, cuya pérdida llora hoy, con la benemérita Orden Franciscana, de la que era su más firme prestigio, Cataluña y la Religión, que veían en él una de sus más legítimas glorias.

Misioneros jesuitas á China.—El 6 de Septiembre los alumnos de la Escuela apostólica de Javier, despidieron con solemne fiesta literaria á los Rdos. PP. Videgain, Ponsol, Ruíz y el H.º Francisco del Olmo, que han salido ya para la República china. LAS MISIONES CATÓLICAS les desean muy feliz viaje y que Dios bendiga su apostolado.

Inglaterra

Religiosas anglicanas convertidas al Catolicismo.—Veinte Religiosas del antiguo convento anglicano de Saint-Bride de Milfor-Haven, convertidas al Catolicismo, han tomado el hábito de Religiosas de San Benito, después de haber cumplido el tiempo de noviciado prescrito por las constituciones de la Orden. En su profesión solemne ha oficiado el Obispo de Menevia, Mons. Hostyn.

Africa española

La Pilarica en Marruecos.—Debido á un gran católico aragonés, el comandante de Infantería D. Florencio Alberto Palacios, la Capitana Generala de los Ejércitos españoles, la excelsa Virgen del Pilar, va á tener en el corazón de la tierra africana, en el Garb, un culto solemne y extraordinario.

Al pasar por Larache sintió el comandante Palacios todo el amor que á la Pilarica rinden sus vasallos, y en una carta á

un su pariente, redactor de *El Universo*, le expone su proyecto. Dice así:

«Quiero y estoy decidido á celebrar el día 12 la festividad de nuestra excelsa Patrona la Virgen del Pilar. Tengo autorización de mis jefes; he escrito al Vicario general de las Misiones de Marruecos, al señor Arzobispo de Zaragoza..., con objeto de que abran suscripciones para regalar una imagen de la Virgen del Pilar á los aragoneses del ejército de Larache, apoyo que pido por la dificultad que hay de reunir á todos, diseminados en las posiciones, columnas volantes y convoyes. Aquí somos ya 22 jefes y oficiales que están entusiasmados con mi idea, que aplauden también las autoridades. En último resultado, la imagen la pagaré de mi bolsillo particular.

«Tengo en ensayo una música para que aprendan el himno del Pilar y lo canten todos los jefes, oficiales y unos 70 soldados aragoneses; proyecto que se celebre una Misa de Comunión general en la capilla de la Misión y una de campaña con sermón, invitando á las colonias cristianas. Pienso en seguida constituir una Asociación de señoras para dar culto á la Virgen... Ya se necesita esta labor religiosa y patriótica en esta población, donde reina gran indiferencia.»

El comandante Palacios pide el apoyo de los periódicos católicos—abriendo suscripciones—y de los católicos en general, acudiendo á ellas, y termina con estas palabras, que demuestran cómo se puede armonizar el cumplimiento de los deberes militares con el de los religiosos:

«Creo que mañana saldré mandando un convoy al zoco de Tlata. No me olvidéis en vuestras oraciones.»

El proyecto, digno del mayor aplauso, creemos ha sido coronado por el más completo éxito.

Uganda (África)

Padre, Ministro y Regente ejemplar.—La colonia inglesa que constituye el vicariato apostólico de Victoria Nyanza, con 193.127 católicos, se halla administrada por los Padres Blancos, Orden fundada por el difunto Cardenal Lavigerie, siendo el Vicario apostólico el P. Streicher, el cual ha ordenado recientemente á dos indígenas, que serán los primeros sacerdotes negros del África central.

Estanislao Mugwanga, uno de los primeros convertidos por los Misioneros de Uganda, ferviente católico y padre de diecisiete hijos, ha llegado á ser, desde el establecimiento de los ingleses en aquel país, un personaje importante.

El Gobierno del protectorado le ha nombrado Ministro de Justicia y uno de los tres Regentes del reino durante la menor edad del rey Danodi.

A pesar de tan elevada posición, asiste todos los días á Misa, y sólo después de cumplir sus deberes para con Dios se entrega á las ocupaciones de sus altos cargos, que desempeña con la mayor escrupulosidad, habiendo merecido la honrosa distinción de que Su Santidad le haya concedido la Gran Cruz de San Silvestre.

Lituihi

Nueva Misión.—El celo que los Benedictinos de Santa Otillia vienen desplegando en la conversión de las almas, acaba de obtener un nuevo triunfo. Después de 14 años de esfuerzos y de penosos sacrificios, los misioneros han tenido la satisfacción de ver establecida en Lituihi una Misión. Sus principios no pueden ser más felices y consoladores, pues, no obstante la falta de personal y el breve espacio de tiempo transcurrido desde que se fijaron en ella definitivamente, cuenta ya más de 100 cristianos y gran número de catecúmenos. Para su educación y enseñanza tiene fundados cuatro colegios, que van adquiriendo cada día mayor importancia.

Tierra Santa

El próximo pasado mes visitó Jerusalén un grupo de peregrinos del Monte Líbano, bajo la dirección de los Padres Semitas de Beirut. Es esta la primera peregrinación oriental organizada al estilo de las peregrinaciones europeas, formando corporación y haciendo su ingreso en el Santísimo Sepulcro con orden y solemnidad, presididos por el estandarte de la Virgen María.

China

La revolución agoniza.—La prensa de Changhai de primeros del corriente, nos anuncia que el Norte ha vencido al Sud. Los rebeldes quedan reducidos á Nankin, ciudad protegida por dos círculos montañosos, poderosas murallas naturales que dificultan el asalto de la ciudad. Yuan-se-kai dejará al tiempo hacer su obra y la ciudad sitiada, de la que huyen los cabecillas, se rendirá al vencedor. Empresa más difícil será limpiar el país de las partidas revolucionarias ayer, de bandoleros mañana que, sabiendo la suerte que les espera, no se entregarán mientras les quede un cartucho y cometerán para vivir toda clase de crímenes. ¡Triste suerte la de los pueblos en que no reina el Cristianismo: ó la abyección ó la revolución!

Inauguración.—La Misión católica francesa de Liaoyang inauguró en esta ciudad el 23 del último Agosto, un grandioso edificio destinado á escuelas y demás obras de apostolado.

Japón

El apostolado de la prensa.—Hace algunos años nos ocupamos en *Las Misiones Católicas* de los comienzos del apostolado de la prensa en el Japón: un celoso misionero luchando animoso contra las múltiples dificultades que amenazaban acabar con la empresa antes de nacer, logró vencerlas y salieron los primeros opúsculos que tuvimos el gusto de recibir. Hoy la obra se ha abierto paso y los opúsculos son esperados con interés y leídos por muchos de los japoneses ilustrados. El último *Kokka no seimei* (Fuerza vital de un pueblo) por el P. Drouart de Lézeij, prueba que la irreligión es la muerte de las naciones. Este opúsculo ha merecido los aplausos del mariscal Yamagata, quien en carta dirigida á Mr. Nakahara dice: «la publicación de este opúsculo será un gran bien para la nación japonesa.» Parecidos elogios le han tributado varios otros miembros del «Su-mitsu-in» (consejo privado del Emperador) cuyo presidente es el citado mariscal. Todo ello prueba la influencia cada día mayor de las poblaciones católicas. Se anuncia para fecha próxima la de una traducción de la novela *Dans les ténèbres*.

Méjico

Buenas noticias.—El Gobierno de esta República está dando pruebas de energía y acierto. Los golpes que la revolución ha sufrido en las últimas batallas son mortales; pronto desaparecerán carrancistas, zapatistas y otros revoltosos que turban la paz y el orden de la República.

El general Huertas ha tenido un gesto arrogante, noble, español, ante las exigencias norteamericanas. Declaró que Méjico no quiere ser esclava y que los mejicanos sabrían morir defendiendo su bandera, y los orgullosos dominadores del Norte suavizaron el tono de voz de tal modo, que se puede traducir este cambio por la palabra *miedo*. Sólo dispone la gran República de 33.000 soldados (por confesión del Ministro de la Guerra), y esos soldados no podrían ciertamente resistir al empuje mejicano.

Otro golpe ha dado Méjico en la vía diplomática capaz de

acreditar á un Gobierno; ha nombrado al general D. Félix Díaz, uno de los que derribaron á Madero, Embajador en el Japón, la nación amiga de Méjico, que sólo espera una ocasión para intervenir en Filipinas. En Wáshington no es muy halagüeña la idea de poner la *bandera estrellada* frente á la bandera del Imperio *del sol naciente*.

Colombia

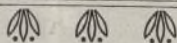
El Congreso Eucarístico.—El 16 de Septiembre terminó en Bogotá, con una brillante procesión, en que formaban más de 30.000 católicos, el Congreso Eucarístico nacional.

L'Osservatore reproduce la carta del Arzobispo de Colombia, diciendo que se observa cierta reacción en las Repúblicas americanas en favor de la intervención de la Iglesia en las cuestiones sociales de aquellos países.

Brasil

Grandiosa manifestación.—No desconocen nuestros lectores los triunfos obtenidos por los anticlericales del Brasil, quienes, siguiendo las huellas de sus congéneres franceses, lograron arrancar la imagen del Juez inmortal de los siglos de todos los Tribunales de Justicia. Tampoco ignoran las luchas sostenidas y los esfuerzos realizados por algunos paladines

de la religión para contener el avance de la impiedad triunfante y promover en la sociedad brasileña un movimiento irresistible de vigorosa protesta, que diese por resultado el restablecimiento del Crucifijo en los tribunales de la República. El primero donde se restableció fué el tribunal de la rica ciudad de San Paulo. Más tarde, á petición del pueblo y con la asistencia del Arzobispo y Gobernador, en la capital del próspero estado La Bahía, San Salvador. Ultimamente se ha restablecido en Petrópolis, antigua residencia de la casa imperial. Con tal motivo se ha celebrado en ella, según leemos en la *Tablet*, una manifestación católica grandiosa y conmovedora. La Federación de Asociaciones católicas, el Centro católico de abogados y diversas personalidades de dicha población pidieron al primer Juez del distrito el restablecimiento de la divina efigie del Salvador en su tribunal de justicia. El juez accedió á ello, y el primer domingo del pasado mes de Agosto se bendijo solemnemente en la catedral un magnífico Crucifijo. Acto seguido se organizó una imponente manifestación de fe, en la cual formaba la población en masa con todas las bandas de música que hay en ella, la cual recorrió las principales calles de la ciudad, aclamando frenéticamente al Juez soberano de vivos y muertos y entonando con creciente fervor el hermoso himno: *¡Queremos á Dios!*



JAPÓN.—SESION INFANTIL Á BORDO DE UN BARCO JAPONÉS



ACE un mes emprendí uno de mis frecuentes viajes por las costas del Japón, para visitar algunas cristiandades.

El vaporcito á cuyo bordo me encuentro no es precisamente un trasatlántico, pero tiene su pequeña cámara de preferencia donde paso el rato leyendo.

Un extranjero en estos viajes atrae siempre las miradas de los japoneses; y aunque no se atrevan á entablar conversación, se ve que son muchos los que lo están deseando.

Los muchachos, á quienes yo amo entrañablemente, se fueron acercando, primero uno con timidez, y luego otro y otros con confianza, al ver que todos eran bien recibidos.

La juventud es franca, y estos japonesitos de diez á doce años, son siempre interesantes y agudos en sus preguntas y respuestas.

Les dije que yo no era inglés como ellos se habían figurado, sino español; y luego se ponen á repetir la poca geografía é historia que les han enseñado en la Escuela. «Ah sí, España es la patria de Isabela y de Colón, y además produce buen vino.» Es todo lo que saben de esa noble y gloriosa nación que jamás ha tenido semejante en el planeta.

Hablamos de cosas varias según las ideas incoherentes que se les ocurre á los niños, y cada vez se entusiasman más preguntando de todo.

Hay un chiquillo de unos diez años, inquieto y vivara-

cho, que apenas se sienta ya está otra vez de pie, pregunta una cosa y sin esperar la respuesta ya está hablando de otra, y á todo esto imita á los soldados y habla de fusiles.

—Oye, rapaz, le digo cogiéndole por el brazo; tú has de ser soldado.

—No, yo quiero ser comerciante, responde; no quiero morir en la guerra.

—Tú no eres patriota, le dice seriamente otro de su edad. Ir á la guerra, si allí se pierde la vida, *shikata ga nai*, ¡qué remedio tiene! pero morir por el Emperador es la mayor de todas las glorias!

Ved ahí el verdadero espíritu japonés.

Mientras el Japón tenga cinco millones de almas juveniles dispuestas á sacrificarse por su Majestad el Mikado, este imperio maravilloso por su ardiente patriotismo, será inconquistable por las armas mercenarias de otras naciones.

Por fin, les hablo de nuestra religión divina, y les explico sumariamente el objeto de mi venida á estas latitudes y de mi estancia en el Japón; y el por qué de tan grande sacrificio como es dejar patria y familia y todo, por hacer que Dios sea conocido y adorado, y de quien esperamos la total recompensa.

«Yo no quiero nada en la tierra, les digo; ni acumular riquezas, ni gozar de deleites, ni satisfacer pasiones, ni buscar vanas alegrías, ni ocupar mi corazón en otra cosa que no sea Dios: por eso yo no hago comercio para ganar dinero, vivo pobremente haciendo limosnas y todo el bien que puedo, no voy á teatros y

otras diversiones, procurando enseñar á todos los japoneses el camino del bien y la virtud, que tiene su recompensa y precio también después de esta vida.

«Haciendo yo todo esto no pierdo nada, sino que gano mucho, aunque vosotros no lo veáis. Es como si un rico comerciante depositase todas sus ganancias y ahorros en un Banco, viviendo él parcamente durante algunos años, para luego tener todas sus riquezas y economías reunidas en abundancia, gozándolas tranquilamente durante el resto de su vida.

«No os parece que es mejor sufrir alguna estrechez y necesidad durante algún tiempo, y que todos firmarían ese contrato, si los aseguraran que después habían de disfrutar inmensos y deliciosos bienes por un tiempo inacabable? Pues eso hago yo al mortificarme y no gozar de esta vida; depositar todos mis bienes en el Banco

de los cielos, donde encontraré capital y utilidades todo junto, después de la muerte.»

Parece que este ejemplito les convenció á todos y se callaron, quedando pensativos un momento; después del cual replicó uno agudamente:

—Y si ese Banco de que hablas hace bancarrota y lo pierdes todo, ¿entonces qué?...

—No, niños queridos, les respondí. Este Banco no es como esos Bancos de la tierra que vosotros conocéis: jamás hará bancarrota ni puede quebrar, porque está asegurado por la Omnipotencia de Dios que crió el cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay, las riquezas y oro de los senos de las montañas, los tesoros y perlas preciosas de las profundidades del mar.

FR. JOSÉ M. ALVAREZ, O. P.

EL APOSTOLADO EN CHINA



Como decía en mi última, gracias á Dios, nuestra santa Religión comienza á gozar de mucha libertad en la República China, y es necesario aprovechar las presentes favorables circunstancias para extender el reino de Dios en los corazones de los infelices paganos entregados al culto de falsas divinidades. En todos los Vicariatos se trabaja hoy como nunca con santa emulación á fin de atraer cada día el mayor número posible de infieles al gremio de la santa Iglesia. Diversos medios de propaganda que aun antes se consideraban convenientes y hasta necesarios, pero que no era posible emplear por la sistemática oposición que se hacía á la Verdad, se van estableciendo hoy con grandísimo fruto.

Hace poco tuvo lugar en Che-foo la inauguración de una Aula de predicación, llamada en chino Suen-kiang-Chuo, y que consiste en una grande habitación adornada al estilo chino, cuya puerta principal permanece abierta durante todo el día, ya para *escuchar los panegíricos que se hacen de la Religión católica*, ya también para charlar simplemente y beber el té que allí se ofrece á todo el mundo gratis *et amore*.

Vea V. como el R. P. Enrique Vielle, O. F. M., describe la inauguración solemne de esta escuela de predicación habida en la ciudad de Che-po: «En nuestro Círculo Católico, donde los fieles se reúnen los domingos y fiestas, concibióse el proyecto de establecer una escuela pública á fin de que las verdades de nuestra santa Religión llegaran á oídos de los paganos y donde, entablándose discusiones religiosas y dándose catequísticas y panegíricas conferencias, los infieles se aficionasen á nosotros, con lo que muchos terminarían por abrazar la verdadera religión. Se pusieron manos á la obra y, con la cooperación de la Misión y de los cristianos, se compró una gran casa con espacioso terreno en la calle donde la afluencia de los chinos es mayor.

Desde los primeros momentos un tan laudable pro-

yecto mereció la aprobación del reverendísimo Vicario Apostólico y prestó á sus buenos hijos toda su eficaz ayuda para llevar á feliz éxito sus piadosos planes. La inauguración tuvo lugar el mes próximo pasado, resultando un acto verdaderamente interesante y solemne. Ante la Casa-escuela ondeaban dos hermosas banderas adornadas con los cinco colores de la joven república china, colores que representan la unión en una sola de las cinco familias: la china, tártara, mongola, tibetana y mahometana. La aula con ser espaciosa se hallaba con mucha antelación llena de gente, y la multitud que no podía entrar en el lugar impedía el tránsito por la vía pública. Los cristianos acuden en masa para presenciar y dar rienda suelta á las alegrías de su corazón por la elocuente y entusiasta manifestación de su religión hasta el presente tan odiada y perseguida. Los seminaristas acuden también en forma de comunidad, porque destinados á ser futuros apóstoles, es justo y conveniente que se vayan acostumbrando á los modernos medios de católica propaganda.

La presencia del ilustrísimo señor Obispo-Vicario, á quien acompañaban cuatro misioneros franciscanos y dos sacerdotes indígenas, fué acogida con una salva de entusiastas aplausos y á los acordes de la música china. Los funcionarios públicos, jefes militares y todo lo más granado de la capital, con ser paganos, quisieron honrar con su presencia tan solemne acto, algo así como para manifestar sus simpatías hacia una religión que, tan odiada y perseguida, tantos beneficios había hecho á la Nación, no menos para demostrar al pueblo bajo con su ejemplo que hoy todo el mundo goza de la más completa libertad para abrazar y profesar el Catolicismo.

Entre atronadores aplausos y el estrépito de los cohetes y chupinazos, se colgaron al frontis de tal edificio dos hermosos tableros con bellísimas inscripciones en oro: uno de los tableros decía: *Tien-tchow-t'ang*,

Casa del Señor de los cielos, y el otro, *Suen-kian-chuo*, Aula de pública predicación. Acto seguido el ilustrísimo señor Obispo Mgr. Witner, franciscano, pronunció un grandilocuente discurso en purísimo chino mandarín. En resumen, su discurso consiste en demostrar que todos los hombres tenemos una alma que salvar; que en este mundo estamos sólo temporalmente; que en la tierra somos viadores; que entre tantas religiones que los hombres profesan en el mundo, ha de existir necesariamente una que sea la única verdadera; que todos debemos procurar llegar al conocimiento de esa religión fuera de la cual no puede haber salvación. Termina diciendo que la escuela que hoy se abre con tanta solemnidad hallaráse abierta siempre para los ricos lo mismo que para los pobres, á fin de que todos lleguen al conocimiento de la Verdad salvadora y la abracen para su dicha y felicidad temporal y eterna.

Invitado por el Presidente, que lo era el sacerdote indígena P. Jang, hizo á continuación uso de la palabra el P. Viéle, quien explicó en galanos períodos el fin que se perseguía con la apertura de la Aula de predicación. Los paganos, dice, no pueden llegar al conocimiento de la Verdad sino por la predicación, *fides ex auditu*; ahora bien, como para ellos no sea cosa fácil y cómoda reunirse en el lugar donde *ex officio* se predica la palabra divina que es el sagrado templo de los católicos, necesario se hace emplear otros medios para que esa misma palabra de Dios llegue á sus oídos y á sus corazones; he ahí el fin de la presente pública escuela. Luego se dirige á los cristianos y les exhorta á que cooperen á la misión de los ministros del Evangelio á fin de que cada día sea mayor el número de los hermanos en Jesucristo.

El R. P. Eugenio Paudellé, que le sucedió en el uso de la palabra, hizo un brillante panegírico de la Verdad católica. En China, dijo, se tiene al Catolicismo como una religión extraña, importada del extranjero, mientras el budismo se halla aquí como en su propia casa; eso es un absurdo, es un error para cualquiera que haya estudiado un poco de historia. La religión budista vino á China de las Indias y por consiguiente era extraña para los chinos. La Religión católica en ninguna parte del mundo es extranjera, por lo mismo que es católica ó universal.—Recorred el mundo, añadía con elocuente verdad que dejó admirados á los innumerables paganos que le escuchaban, recorred el mundo y lo mismo es que vayáis á Europa como á América, al Africa como á la Oceanía, observaréis que los católicos de esas cuatro partes del mundo creen lo mismo que lo que creemos los católicos del Asia; comparad al sabio católico de Europa con el sabio católico de Asia y al último fiel creyente de Africa con el último de América, y veréis que los dogmas de uno son exacta-

mente idénticos á los del otro. Si, la Iglesia verdadera es universal y desea abrazar á los hombres de todos los pueblos, de todos los climas, para enseñarles la Verdad que conduce á la felicidad eterna. Tan hermoso discurso terminaba con una tierna invitación á los paganos, que sin duda hubo de producir en muchos saludable efecto.

El sacerdote indígena P. Teng, que conoce bien á sus compatriotas, supo tocar atinadamente delicados resortes exhortando á los paganos á que sean agradecidos á los beneficios de una tan santa Religión, hasta hoy tan fanática y villanamente perseguida; puso de relieve la divinidad de la religión, sacando un buen argumento de esa misma persecución que en todos tiempos se viene haciendo contra ella y de su constancia en la propagación de la Verdad, madre de la felicidad temporal y eterna de los hombres.

Inmediatamente, en medio de profundo silencio, comenzó á hablar un joven neófito recién convertido, de opulenta familia él y que ha hecho sus estudios en las Universidades de Europa. «Hace dos meses que soy católico; todos me conocéis y conociéndome sabéis que no tengo interés alguno en engañaros. He abrazado la Religión católica después de maduro examen, después de haber estudiado bien las llamadas religiones chinas y europeas. He encontrado, después de tanto estudio, que la Religión católica (y no europea, sino universal) es la única verdadera entre todas las religiones, porque es la única que enseña á corregir la ambición, la avaricia y toda suerte de vicios y defectos á que el hombre se halla naturalmente inclinado.» En seguida se dirige á los católicos presentes, y en hermosa arenga les dice: «No es suficiente, hermanos, que nosotros seamos católicos; vivimos en un país infiel y nos hallamos todos obligados á convertirnos en apóstoles. Quiero proponeros una idea; esforcémonos por conseguir que cada uno de nosotros convierta á la religión siquiera un pagano cada año y habremos conseguido algo, y más que algo, habremos hecho una obra de caridad cuyo mérito sólo de Dios es conocido.»

El sacerdote indígena P. Jang, Presidente del Círculo Católico y director del Aula de Predicación, cerró la serie de discursos con llave de oro que conmovió á la muchedumbre.

Al final de tan hermoso acto el señor Obispo mandó que los cristianos cantasen el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*, como lo hacen en la Iglesia, y terminó dando la bendición.

Acabo como terminaba una carta anterior. Quiera el Cielo fructifique la sangre de tantos generosos mártires derramada en China...

FR. JOSÉ M.^a DE IZUARRIZAGA, O. F. M.

Misionero Apostólico.





FERNANDO POO (CABO SAN JUAN) — Aserradora de bokumes, en los alrededores de la Misión de Cabo San Juan. (La maquinaria, la presa, etc., son fruto de la inventiva y trabajos del Hermano Rodrigo, que ya lleva en estos países muy cerca de treinta años
Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F.

CRÓNICA MENSUAL DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA



Es increíble lo mucho que ha de padecer el Misionero en sus correrías apostólicas por estas plazas y bosques tropicales. La inmensa mayoría de los sacrificios que arrostran los Enviados de Dios permanecen completamente ocultos á la noticia de los hombres. Verdad es que los lectores de *Las Misiones Católicas* se enteran con frecuencia de los trabajos inherentes á la evangelización de los pueblos infieles y salvajes; pero no dudo que al apacentar su espíritu con tan santas y agradables lecturas, están en la íntima persuasión de que es sin comparación más lo que no se escribe. Son muchos los partidarios de «hacer mucho y hablar poco ó nada.» No son pocos los que piensan que huyendo de los aplausos de los hombres es como se harán dignos del premio de Dios. Creen también muchos que el tiempo que emplearían en hablar ó escribir sus acciones, está mucho mejor invertido en trabajar más y más. Son los menos los que, contrariando su natural repugnancia á exhibirse y manifestarse, se deciden á sacar á luz pública algunos hechos de su vida, aunque siempre fija su mirada

únicamente en la gloria de Dios y edificación de los próximos. Bien sabe el que esto escribe lo mucho que ha de rogar é importunar á algunos Misioneros sus compañeros para que le manifiesten algunos de sus trabajos apostólicos, y lo poco que generalmente consigue de ellos en este sentido.

Uno de los misioneros más beneméritos de estas Misiones es el R. P. Galache, que tiene encargo de recorrer el Muní y sus afluentes para evangelizar á sus numerosos pobladores, en su mayoría de la tribu pamue, cuya lengua entiende y habla muy bien. El Padre Galache, cuya fotografía remito con estas cuartillas, es de los que trabajan mucho sin cuidarse de escribir; pero requerido por mí, se ha dignado mandarme unas escuetas notas de una de sus excursiones, que brevemente paso á referir, tomándome la libertad de revestir ligeramente aquéllas en lo accidental.

El día 1 de Agosto salió dicho Rdo. Padre de Elobey, con intento de visitar los ríos Manyani y Kongüe. Con viento en popa marchaba ligera la ballenera. Después de haber andado mucho tiempo por el segundo de los citados ríos, pasó por unos pueblos situados á la

orilla, desde la que los niños le gritaban que bajase á tierra para enseñarles, á lo que contestó él que á la vuelta se detendría. Siguió el curso del río hasta llegar al pueblo llamado Edjua. Un poco difícil era bajar á tierra, pues como la marea estaba baja, tendría que pasar un atolladero para llegar á tierra firme. Disponíanse á quitarse zapatos y medias, cuando se le acercó un robusto hombre que le colocó en sus formidables espaldas y le puso en tierra. Reunida la gente del pueblo, infieles casi todos, les explicó las verdades de nuestra Religión. Terminada la explicación, pidió el Padre una habitación para pasar la noche. Aunque el jefe no estaba, le señalaron su casita. Esta tenía dos habitaciones; en la que el Padre debía dormir, estaba escondido un ídolo. Los colegiales que le acompañaron se entretenieron en jugar con el ídolo y escupirle, aunque sin romperlo, no fuera que surgiera una grave cuestión al volver el jefe. Las mujeres, para quienes es una cosa rara ver á un blanco, no dejaban de mirar al Padre por curiosidad; pero cuando se percataron que estaba abierta la habitación en que se guardaba el ídolo, como poseídas de un pánico se retiraron á todo correr, rogándole luego que cerrase la puerta. Los que han recorrido estos países no desconocen que la vivienda pamue consiste en un cubertucho formado por hojas de nipa, entrelazadas ó cosidas con palitos á guisa de alfileres. No se busquen allí ventanas, pues no existen. La puerta consiste en un hueco de un metro de largo, que es la desesperación de quienes gozamos de una regular estatura, que lo tapan con palos ó toscos tabloncillos labrados á golpe de machete. La cama está formada por una porción de palos de bambú entrelazados con cuerdas de bosque ó lianas, que descansan sobre postes metidos en tierra. Hace oficio de almohada un grosero tronco ó tarcogo, muy á propósito para atormentar á quien sobre el mismo apoye la cabeza. Junto á esta tan *blanda* cama arden en el suelo unos tizones no muy secos, y como no saben para qué sirven las chimeneas ni ventanas, júzguese el humo que atormentará los ojos poco acostumbrados á vivir en tales sitios. Es grande el miedo que las mujeres tienen á los ídolos: verlos y morir creen ser lo mismo. Y tienen su razón, pues hay hombres que propinan veneno á las mujeres que se atreven á mirar los ídolos. El Padre pasó la noche como pudo, claro que sin descansar casi nada.

Al día siguiente, celebrada la santa Misa, prosiguió su camino para otro pueblo. Para evitar repeticiones, diremos que el Misionero ha de hacer en cada pueblo los oficios de un Párroco en su parroquia: catequizar, bautizar, administrar los demás Sacramentos. Además es maestro y no pocas veces tiene que hacer de médico. Llegado que hubo al último pueblo á donde pueden llegar embarcaciones, buscó el Padre algún hombre que le sirviera de guía y cargase el altar portátil á través del bosque; pero todos se excusaron bonitamente con que tenían mucho trabajo y no les era posible. Tras mucho razonar con unos y con otros, consiguió que uno solo le acompañara parte del camino. Después de varios días y recorridos algunos pueblos, llegó á uno llamado Masá, sito entre los ríos Manyani y Kongüe. Pidió al jefe habitación para pernoctar y se la ce-

dió luego. Lo primero que se presentó ante sus ojos al entrar fué un ídolo de grandes proporciones con multitud de viandas á su lado. A esta gente se les pueden decir las verdades claras, por más que sean amargas, aunque no quiere esto decir que hagan siempre lo que se les dice. El jefe era infiel, como casi todos. Le habló el Padre de la vanidad y falsedad de los ídolos, del Dios verdadero, del cielo y del infierno, etc. Todo ello escuchó con mucha atención el jefe infiel, quien prometió que quemaría el ídolo. Como los pamues raras veces cumplen las promesas, díjole el Padre que le dejara el ídolo y que él se encargaría de quemarlo. Viéndose cogido, salió bien del paso asegurando que no era él dueño único, pues era también de su hermano, por lo que no podía dejar el ídolo hasta que aquél volviese. Insistió el Padre en la petición, esforzándose en vencerle que no temiera á su hermano á quien regalaría él mismo algunas cabezas de tabaco. Entonces prometió al Padre que al regreso se lo entregaría.

Cuando el Padre volvió, no encontró al jefe, pues se había ido á paseo á otro pueblo, cosa tan frecuente en los pamues, de suerte que gran parte del año la pasan fuera del pueblo. Y el paseo es la principal ocupación del pamue. Todo el trabajo es para las mujeres, que son bestias de carga, á cuya cuenta corre todo lo penoso.

Además de esta holgazanería, distingue á los pamues otro vicio, que es el de la avaricia y pillaje. El pamue, aunque pobre, es muy avaro y apenas nunca regala nada, si no es con esperanza de que luego le darán más. Por este motivo, el Misionero que sale de casa ha de llevar víveres y provisiones para todo el tiempo que esté fuera, si no quiere verse falto de todo; ó á lo menos ha de llevar tabaco, paños, camisetas, etc., para cambiar por yuca, plátanos, algunas veces huevos y rarísima vez gallinas, que después se ve las vendieron por enfermas. En este pueblo le presentó una mujer dos huevos que cambió con hojas de tabaco; pero al ir á freírlos los niños se encontraron con dos pollitos bien formados: había cogido los huevos debajo de la gallina que los incubaba.

Al acostarse, colocó el Padre el sombrero en el techo, y al día siguiente cuando lo cogió al emprender la marcha, notó que le faltaba una cuerda que él había puesto para evitar que el viento se lo arrebatará, sobre todo en los muchos viajes por mar.

Como los pamues son tan amigos de lo ajeno, de pronto le vino una sospecha; pero por un pedazo que quedaba cayó luego en cuenta que era efecto de la voracidad de los ratones, que tanto abundan en aquellas casuchas y que aquella noche andarían más sueltos, por cuanto la gente estuvo toda la noche distraída en el baile al son de sus famosas tumbas. Estas consisten en troncos de árbol huecos en cuya boca adaptan alguna piel. Les sirven para danzar y divertirse, y los emplean también para llamar á la gente y comunicar noticias.

Hacia las diez de la mañana se puso otra vez en marcha. Huelga decir á pie, pues allí no se conocen más que dos medios de caminar: á pie ó en cayuco.

Con paso acelerado, siguiendo un senderito que apenas se distinguía en medio de la inmensidad del bos-

que virgen en que no entraban los rayos del sol, sin encontrar una alma en el trayecto, anduvo dos horas el Misionero, no sin que á ratos tuviera que quitarse los zapatos y recogerse bien la sotana, pues el sendero se convertía en arroyuelo. Entró en el pueblo llamado Macora, en donde descansó un poco, instruyendo luego á la gente. Para aprovechar el tiempo, quiso continuar la marcha; pero no encontraba quien quisiera llevarle el altar portátil hasta el próximo pueblo, distante una hora y media. Por más que ofrecía tabaco, nadie se prestaba si no les daba por lo menos el doble. Al ver tan ingrata conducta, el Padre les reprendió su mal proceder, y entonces el jefe del pueblo se ofreció á llevar el altar sin exigir cosa alguna. Al llegar al pueblo inmediato, se sentó sobre un tronco, pues era grande la fatiga que sentía. Luego se le presentó un hombre con escopeta en mano, furioso como una hiena, quien empezó á increparle duramente y por largo rato. Todo se redujo á preguntarle por qué no había llevado su hijo que estaba en el Colegio. Contestóle sencillamente el Padre que su hijo estaba bien en la escuela y que quería aprender mucho, pero que otro día le acompañaría. Nuestro hombre quedó tan satisfecho. Estos pamues, cuando hablan fuerte, espantan á quienes no los conocen, pues lo hacen con tales gritos y ademanes y salidas de tono, que parece que el cielo se desploma.

Al día siguiente, visitó el Padre varios pueblecillos no muy distantes de este punto, entre ellos el del mencionado hombre, quien tenía dos niños, uno de ellos sin bautizar. Quería el Padre Misionero favorecer á este niño con el bautismo, por lo que entre el Misionero y el padre de las criaturas se entabló el siguiente diálogo:

—Vamos á bautizar á tu niño.

—Es que no está aquí su madre.

—Tú mismo eres quien mandas sobre el niño y no importa que no esté su madre.

—Es que es muy pequeñito todavía.

—Mejor que sea pequeñito.

—Tengo dos hijos con bautismo y el otro quiero que no lo tenga.

—También ése ha de recibir el bautismo, y sino irá al infierno y Dios te castigará á ti.

—Cuando V. vuelva aquí y traiga al que está en la escuela, bautizará á este pequeño.

Así efectivamente sucedió después.

Los predichos pueblos están en la parte superior del río Manyani. Luego pasó á los de la parte superior del Kongüe, empezando por Ofòs, á donde pasó á dormir. Por sentirse algo enfermo, no pudo alejarse hasta otro distante una hora; pero como por la mañana se sintiese aliviado, dicha la santa Misa y tomada mayor cantidad de quinina, se llegó á dicho pueblo cuyo jefe le recibió muy bien, aunque era la primera vez que le visitaba. Después que instruyó á la gente, le dice el jefe con toda formalidad: «Padre, nosotros queremos que tú escribas una carta á Dios para que quite los brujos de la tierra, porque hacen mucho mal.» Tomó pie de aquí para instruirlos acerca del particular.

Green los pobrecitos que todos los males que suceden son originados por los brujos.

Había allí presente un niño y preguntó de quién era

hijo. Contestó el jefe: Mío.—Pues quiero bautizarle.—No puede ser, repuso, porque tengo diez mujeres, y cuando yo muera quiero que mi hijo las herede.

Rogóle mucho el jefe que aquella noche la pasara en su pueblo; pero le contestó que no le era posible porque los niños le aguardaban en el otro pueblo, y que en otra expedición sería. Volvió, pues, al pueblo en donde había pasado la noche anterior. Eran las once y todavía estaba en ayunas. Dió orden á los niños para que cociesen un poco de arroz y un pollito que había logrado comprar los días anteriores. Ya desplumado, le llaman los niños: Padre, este pollo no tiene más que la piel.—No importa, cocedlo y dadme primero el caldo.

Así lo hicieron; pero le sentó mal y no lo pudo retener. Sentíase mal y no le entraba nada. Tomó un ligero purgante y se acostó en una cama de pamues. ¡Qué deliciosa cama para un enfermo, un conjunto de palos entrelazados! Descansó algunas horas y sintiéndose algo mejorado, tomó el caldo y emprendió el camino de regreso, temeroso de no poder llegar al día siguiente al pueblo en donde había dejado el cayuco, para marchar á Elobey en caso de no ceder la enfermedad. Al anochecer llegó á un pueblo llamado Bolebur, dejando atrás muchos pueblos sin catequizar. Inmediatamente se acostó para no interrumpir el sudor del camino; mandó á los niños que volvieran á cocer el pollo para nuevamente tomar el caldo. Gracias á Dios, fué desapareciendo el malestar. Había allí una plaga de mosquitos que apenas le dejaban pegar los ojos. Unas veces encendía la luz para verlos mejor y matarlos, y otras la apagaba para que no molestaran. Cuando rendido de sueño y de cansancio, logró conciliar algún tanto el sueño, una mujer enferma empezó á dar grandes alaridos. Así pasó aquella noche. Al día siguiente llegó á donde tenía el cayuco y en éste emprendió la marcha á Elobey, no sin muchos contratiempos, de modo que á las once de la noche llegaron á Kogo en donde España tiene un puesto militar. A la mañana salieron de allí á remo, de suerte que á las once de la mañana estaban en la desembocadura del famoso Muni, distante unas cuatro millas de la isla de Elobey. Como los niños estaban cansados de remar y hacía algo de viento, levantaron la vela é hicieron algunas maniobras para aprovecharlo. Vano empeño: otra vez hubieron de remar. Estaban á tres millas de tierra cuando viento y marea se declararon contrarios. No hubo más remedio que retroceder y acercarse á la vecina costa y allí esperar hasta que la marea fuera favorable. Los deseos de llegar á Elobey de día eran grandes y aguardar seis horas la marea era pesado, por lo que se resolvieron á seguir navegando poco á poco junto á la costa hasta llegar á una punta llamada Ndombo, desde donde podrían dirigirse á Elobey aprovechando el viento del costado. Así se había hecho otras veces; pero ésta no sucedió lo mismo. Alzaron la vela; en un principio bogaba bien la pequeña embarcación. No tardaron en conocer que el viento los aproximaría á la isla, pero no la podrían tocar y que en este caso serían arrastrados por la corriente á donde no convenía, por lo que hubieron de resignarse á ir donde antes y allí esperar la marea. Fondearon el cayuco, saltaron á tierra y reza-

ron el santo Rosario. Ya eran las seis. El Padre y los niños se tendieron en la arena y en aquella cama estuvieron descansando hasta las ocho, hora en que la marea fué favorable, por lo que entraron en el cayuco, tendieron la vela y se dirigieron á Elobey, á donde llegaron á las diez de la noche, después de diez días de viaje por ríos y por bosques.

Esta excursión es un ejemplar de las frecuentes que hace el Misionero de Elobey, todas más ó menos penosas y con mayor ó menor número de episodios.

Las fiestas centenarias de la Paz de la Iglesia se han celebrado con entusiasmo y esplendor en este poblado de Basilé. De ellas habló extensamente «La Guinea Española» en su número del 25 de Agosto. Se levantó en medio de la plaza un monumento conmemorativo del Centenario, consistente en una cruz de cemento que sube más de seis metros del suelo, con artística base de igual material y una inscripción alusiva á la gloriosa fecha.

Ahora acabamos de celebrar aquí mismo la hermosísima fiesta del Inmaculado Corazón de María, después de solemnísimo novenario preparatorio. Entre los adornos que embellecían notablemente nuestra esbelta iglesia descollaban flores y follajes naturales, para los que los trópicos se prestan siempre y admirablemente. La víspera se dió el santo Bautismo á doce muchachos colegiales: ellos y diecisiete niñas colegialas de las reverendas Madres Concepcionistas. A primera hora de la fiesta se acercaron por vez primera al banquete eucarístico. Este acto, ya por los vistosos uniformes de los neo-comulgantes, ya por la devoción y recogimiento que se notaba en ellos, ya por los muchísimos fieles que tomaron parte en la Comunión general, ora por la iluminación del altar, ora por los devotos cánticos que se entonaban y por los fervorines que desde el púlpito dirigía el Misionero, puede decirse que fué verdaderamente emocionante. A las ocho y media hubo Misa cantada y panegírico, y después de hecho el acto de consagración al Corazón de María, salió la procesión por las calles, siendo llevada la imagen del Corazón de María por cuatro archicofrades de nuestra reducción de Rebola. De la procesión sólo diremos que fué lucidísima y muy devota, llevando casi todos al cuello el escapulario del Corazón de María. Cuando hubo entrado la procesión en el templo, se verificó la tierna ceremonia del besamanos. Nada se repartió esta vez á los que venían á besar á la Virgen, por la sencilla razón de que estábamos pobres y no disponíamos de medallas ni estampas. Nadie mostró por ello descontento, pues se consideraban felices de poder besar á su celestial Reina y Madre. Hubo públicas diversiones, llamando sobre todo la atención el juego de los caballitos, que armó nuestro Hermano Pinyol, que aunque

algo rudimentario todavía, fué muy del agrado del público, que nunca había visto estas cosas.

Ha producido muy buena impresión en toda la Colonia la venida del vapor «Isla de Panay» de la Compañía Trasatlántica, que fondeó en Santa Isabel el día 23. De su venida se tuvo noticia desde que salió de España, por un cablegrama. Sabido es que en Santa Isabel tenemos telegrafía sin hilos que comunica con el aparato que tienen en Camerones los alemanes. Desde dicho punto nos hemos de valer del cable alemán, que debe hacer buen negocio á costa de esta Colonia española. Lástima que sea tan deficiente nuestra telegrafía, que no pueda independientemente comunicar con la Península.

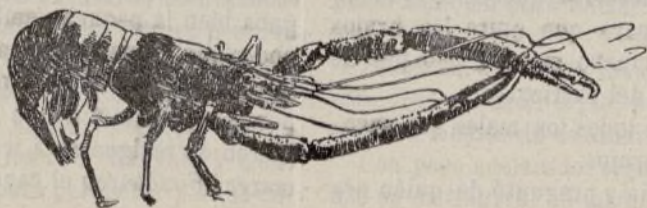
«Isla de Panay» zarpó el 28 para Elobey, en donde va á recoger tozas de bokume. Tiempo era que España pensara en aprovecharse de esta inmensa riqueza que atesora nuestro territorio continental, y de la que se aprovechan exclusivamente ingleses y alemanes. Hacemos votos para que este primer ensayo resulte bien, pues es imponderable el beneficio que puede seguirse á España. Mucho dependerá de este primer ensayo; pues si sale bien, el primer éxito infundirá alientos para otros importantes. Cantidad de tozas para embarcar no falta; lo que conviene es que los barcos tengan suficiente cabida para recibirlos y estén provistos de buenas lanchas para su arrastre, grúas á propósito para levantarlas, etc., á semejanza de los grandes barcos ingleses y sobre todo alemanes que tan frecuentemente recorren nuestra costa.

Las impresiones sobre la cosecha actual no son tan risueñas como el año anterior. Parece ser que las lluvias fuertes no vinieron á tiempo, lo que ha influido en la relativa escasez de piñas de cacao que se ven en los cacaoteros. Aun así, con ser más escasa que el año anterior la cosecha, puede muy bien asegurarse que pasará de los tres millones de kilos.

Corre por el extranjero, sobre todo por Inglaterra, la gravísima calumnia de que hay esclavitud en Fernando Poo. Desde luego, dicha nación nos ha cerrado las puertas de sus Colonias para que no vengán braceros á la Isla. ¡Y tantísima falta que nos hacen! Para averiguar lo que haya, envió aquí un barquito de guerra con un Vice-Cónsul que se enterará personalmente del fundamento que pudieran tener tan burdas calumnias. A estas horas ya habrá podido palpar que las tremendas acusaciones estaban destituidas de todo fundamento. Se están haciendo gestiones para que Inglaterra ceda de su actitud respecto de los braceros. Parece que no van las cosas por malas vías. Dios nos asista.

MARCOS AJURIA, M. F.

Basilé, 31 de Agosto de 1913.



MISIONES DEL PERÚ

XI

Enfermedades y su curación.—Los brujos médicos

EORZOSO es convenir en que los indígenas, si bien alcanzan á tener una constitución vigorosa sin que los gérmenes endémicos ni la trasmisión tengan mucha entrada con ellos, se hallan, empero, siempre en contingencia por su vida descuidada y muchas veces son pasto de las infecciones y de la muerte. Además, no son todo lo morales que convendría, y esto tiene malas consecuencias. Dolencia muy común en los de cierta edad es el paludismo que suele sacudirlos con pertinacia. La malaria no es tan frecuente, pero siempre desastrosa. Las enfermedades eruptivas se dejan sentir periódicamente en ciertas épocas del año, y suelen causar la despoblación y el desbando de los que han podido salvarse. Las viruelas acabaron en pocos días con el pueblo ya cristiano de Sarayacu. A causa del sarampión desapareció hace pocos años una escuela floreciente en Cashiboya. No hay duda que los Padres conversores ponen todo su empeño en acostumbrarlos á la higiene, mas ellos no se hacen cargo de estas precauciones. En cambio, al desatarse una epidemia, pierden el ánimo completamente y no hay medio de contenerlos. Decididamente, aunque se cuente con los remedios oportunos, que los misioneros cuidan siempre de tener á mano, es en todos los casos difícilísimo el conjurar un contagio, porque no son dóciles y falta la serenidad.

Frecuente es entre ellos, y más en los montaraces, el mal del catarro. Trágico es y cómico á la vez el aspecto que presentan en tal estado. Trágico, porque de la congestión resulta muy pronto la infección que los deja postrados en masa. Cómico, por lo asustadizos é impertinentes que se vuelven. «Luego que llegamos, dice el P. Sala, á aquel grupo de casas, los campos se escaparon apresuradamente llevándose las gallinas y huacamayos, á fin de que no les pegáramos el catarro. Después de un intervalo aparecieron y nos suplicaron que tomásemos yuca y nos fuésemos pronto.» En otro lugar, declarando el recibimiento que á él y los suyos hicieron los del Pajonal, escribe: «Luego comienza el más valiente, que ha salido al encuentro, y dice: ¿Quiénes sois vosotros? ¿de dónde venís? ¿por qué habéis venido á esta tierra? ¿traéis alguna enfermedad? (Al decir esto vuelven la cara y escupen). Sin duda vosotros traéis catarro ó sarampión. (Vuelven la cara y escupen con más fuerza).» La causa más perniciosa y fatal del catarro en esta gente debe atribuirse al modo que tienen de dormir por la noche. Dentro de su ranchito de cañas hacen una fogata con palos del monte; en ella disponen primero su sencillo alimento, y tras esto la siguen cebando toda la noche con el fin de que no se lleguen las bestias y preservarse del frío. Para esto se tienden largos en el suelo sin cobijarse en absoluto más que con su vestido talar y con los pies junto al fuego. De aquí resulta sin remedio la congestión catarral. Añádase que muchas veces se acuestan empapados de la lluvia y transidos de frío, y se comprenderán las

proporciones de semejante desatino. Lo peor é irreformable del mal está en que no tratan de la curación los que andan en derredor, aunque sean hijos ó el propio consorte; miran con recelo al enfermo, éste sigue decayendo, se agrava y es abandonado. Energía, desvelos y cariño del misionero resultan estériles en este caso como en el que vamos á exponer.

Porque otra de las grandes aberraciones en que incurren las indígenas es el modo de proceder en los casos de fiebre. Sentirse acometidos de ella y lanzarse al agua es en ellos una misma cosa. Así se les ha sorprendido muchas veces, se les ha increpado su proceder llamándoles suicidas. Puesto en curación un febricitante, sólo con extremada vigilancia se le podrá salvar, pues al menor descuido ya está en el río, así sea en altas horas de la noche. Resistentes como se muestran á los clamores de la razón, no es maravilla si el contagio y la muerte barre sus poblados como el huracán.

Tratándose de las dolencias ordinarias, poseen remedios eficaces, muchos de ellos exquisitos. Parece que en el Ucayali las dolencias gástricas son las que predominan, si se tiene en cuenta la diversidad de remedios purgantes y vomipurgantes que suelen emplearse. Pero el remedio de remedio, la panacea que salva en todos los casos, es la leche de un árbol que llaman «ojé,» leche muy parecida á la del caucho. Cuando el malestar del organismo se prolonga, no hay más que ir al monte, sangrar el árbol y extraerle la leche. Fresca se toma en cantidad de medio litro ó una cuarta parte por la mañana, y es indispensable no tomar alimento alguno en aquel día, á menos que se quiera comprometer la vida, y muchos murieron por faltar en esto. Ya al otro día se puede tomar alimento de convalecientes, y muy pronto se halla uno sano. Análisis satisfactorio de este medicamento no se ha hecho todavía, que sepamos. Enumerar otros remedios locales nos parece sin propósito; sólo diremos que contra la terciana pertinaz se aplica satisfactoriamente la verbena en maceración, y que uno de los raros vomitivos que usan los naturales, es el murciélago, el cual asado y molido y con toda la substancia, se da al enfermo en aguardiente. Repugna tanto, que sólo una vez en la vida puede tomarse. Tales son los remedios que indios y mestizos usan en los ríos del Perú. Vanse unos y otros acostumbrándose á nuestra farmacia, pero los indios no toman esos remedios si no es de su confianza quien se los da.

Los indios de cabecera conservan sus recursos médicos, sino más íntegros, al menos con mayor misterio. Excluyendo las fiebres y el catarro, saben curar con destreza los accidentes ordinarios. Varios remedios de esta gente nos ha indicado un cauchero que ha vivido entre campos y cashivos. Pero sólo mentaremos algunos. Usan un ajo de monte (ajusacha) contra resfriados, reumatismo y otros males. Para lo mismo emplean otros distintos recursos, á causa de ser mal general en

seres que andan descalzos y poco menos que desnudos entre ríos y fangales (porque en las crecientes el río se derrama por el monte). El producto de la copaiba tiene entre ellos muy especiales aplicaciones para enfermedades interiores. En enfermos ya desahuciados emplean la infusión de un palo que llaman Huaizacapi (palo del viento), con el cual también hacen canoas, y el efecto no se hace esperar, porque ó muere el enfermo en el acto ó sana repentinamente. Este es su modo de resolver la crisis. Si alguna vez se proponen curar de raíz á un ebrio consuetudinario, le administran tres gotas de sangre de águila eléctrica (el *gimnotus*) en una copa de licor, y el individuo aborrece el licor para siempre. Tomar más de tres gotas ya es peligroso. Las fracturas de huesos saben curarlas hasta cierto punto con el jugo de sus hierbas. Para desconyuntamientos son diestros, pues aunque de una manera violenta que hace gemir, ellos vuelven los huesos á su lugar.

Hagámonos cargo de la posición y funciones del brujo. Es para los indios un gran personaje; médico, sacerdote y último juez que falla toda controversia. Vive siempre rodeado del misterio. Han heredado de sus progenitores una farsa de institución, y parece que en la farsa anda oculto pero activísimo el enemigo del género humano. El procedimiento es una simple purga. Echan mano de un producto que llaman «toé» (no lo conocemos á punto fijo), lo deslíen con cualquier brebaje, se dietan por espacio de media luna (quince días) y quedan dispuestos para cualquier aventura. Suelen dietarse también con la infusión de la corteza de un árbol que aquí llaman *lupuma colorada*. Usan la «ayalmasca» (soga amarga) con igual abstinencia, á fin de que el espíritu revele con claridad quién es la persona que les hace daño para luego vengarse. Como es de suponer, su recogimiento es la escuela de los misterios. Allí ven, dicen ellos, quiénes son sus enemigos, quién el que ha causado la muerte de un enfermo, si conviene la guerra que se proyecta, en fin, todo lo que la tribu necesita saber y á que no alcanzan los medios naturales.

Ahora bien, por lo que hace á nuestro asunto, se comprende que el horror á la muerte, tan connatural en todos los humanos, debe revestir si cabe de más negros colores entre los infieles. En los más de los casos, como se ha dicho, queda el enfermo abandonado á su suerte; pero en otros, sea por cariño ó porque la víctima del mal es un sujeto importante, se ve el empeño decidido de curarla, y para esto se acude al brujo que todo se lo sabe, según ellos dicen. Puesto en acción el brujo se desempeña lo mejor que puede, obteniendo á veces la curación. Esto no sucede siempre, y el gran pillo, como lo llamaría el P. Sala, que comprende su estado comprometedor, pues no ignora que sus paisanos exasperados pueden acusarle de impericia ó negligencia ó malas intenciones y revolverse contra él y acabar con su gran superchería. Si los remedios no producen efecto y sobreviene la muerte, el brujo alega que no ha podido curar al enfermo, porque éste estaba de antes *embrujado*. Bien se ve aquí la falacia, por ser esto un contrasentido, y la vaciedad de estas cabezas en aceptar una solución que siempre es la misma é indefectible. Pero ellos se contentan con poco. Le preguntan quién es el embrujador, y el brujo con tono doc-

toral señala alguna doncella ó niño huérfano (porque en caso contrario no hay duda que la víctima sería defendida por sus parientes produciéndose en la tribu una colisión de la cual el brujo saldría malparado) como causante del mal y de la muerte que se ha seguido. Se requiere á la víctima; se la pregunta á dónde tiene escondida la brujería, que ellos suponen ser huesos de algún animal, ó de otro muerto ó bien un chisme cualquiera. Presa del terror la desgraciada criatura y conociendo lo que le espera, nada sabe contestar, aunque sea palmaria su inocencia; se la hace rodear la casa entre gritos y amenazas; la echan al suelo y la fuerzan á cavar la tierra con las manos hasta ensangrentarse con el dolor; ellos entretanto la fustigan y apalean como á una bestia hasta que sucumbe en estos martirios. No es otro el caso de Pangoa, que mencionamos en el artículo V.

No sabemos á punto fijo si este sacrificio se consume únicamente cuando ha precedido la muerte del enfermo, ó si también tiene lugar antes de ella, una vez que el brujo ha señalado á la persona que es causa del maleficio. Lo que no admite duda es la realidad de estos hechos y aún la forma poco reservada y provocadora con que proceden los naturales, porque se les ha visto empeñados en ejecutar esta tropelía en casa del misionero, y después de haber estado el Padre muchos años en su compañía enseñándolos.

Pudo uno de los Padres sorprender á los indígenas verificando la curación con caracteres no tan repugnantes como lleva el hecho que hemos apuntado, pero que siempre los denuncian supersticiosos. Erase una niña enferma, y sus padres llamaron al curaca. Vino éste y hallándoles muy afligidos por el mal de su niña, les dirigió algo así como una exhortación por espacio de una hora. Hablaba solo el curaca, estándose ellos como mudos, sin oírseles otra cosa que una especie de gemidos con que parecían asentir al sermón del brujo. Después éste, acompañado de la madre y una hermana de la criatura, se la llevó á un riachuelo cercano para practicar la curación. El padre quedó en casa. El brujo, por todo instrumento lleva un cañizo con provisión de nicotina. Toma con la punta del dedo un poco de esta substancia y la chupa con fuerza. Así dispuesto, hace una succión en el ombligo de la niña, como para sacarle el mal; es operación que practica por tres veces consecutivas. Esto hecho se vuelven todos á casa, y en un ángulo de ella se los ve permanecer como media hora en quietud, mirando al cielo á modo de quien hace oración á Dios para que oiga nuestros deseos.

No hay duda que estas vanas observancias persisten todavía con toda su fuerza en los lugares á donde ni el misionero ni el blanco han podido penetrar. Mas los tales centros adonde no ha penetrado civilización son relativamente pocos, porque apenas hay escondrijo que los blancos no conozcan en su afán de buscar producto y sacar gente para el trabajo. Por este lado no dudamos que es altamente beneficiosa la actividad de los negociantes, si no es que se valen de malos medios, en cuanto enseñan á trabajar á los naturales, de por sí ociosos é inútiles para el progreso, y les quitan la ocasión de perder el tiempo en sus niñerías y supersticiones habituales. Lo que sí debemos lamentar en el asun-

to que nos ocupa, es la indiferencia y desidia con que los caucheros en general, miran las enfermedades de sus indios. Necesario, indispensable es tener á mano en estas soledades un botiquín para poderlos curar, y un crimen el que así no se haga, desde que tan gruesos rendimientos produce el trabajador. Y no es mucho el gasto que tal diligencia demandaría. Dos ó tres purgantes; algo para desinfección y lavado de llagas ó heridas; algo para la inflamación de los ojos que es tan general; la indispensable árnica y el bálsamo peruano; fénosol para las fiebres; polvos antidisentéricos, porque

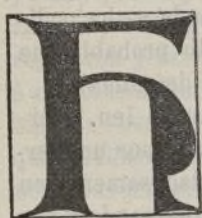
la disentería es frecuente y pertinaz y los acaba; percloruro de hierro para hemorragias, ordinarias en las mujeres por andarse mojando y descalzas, y un sencillo estuche de cirugía. Los indios aman al patrón que se empeña en curarlos, y bien mirado, sería esto una positiva ganancia, pues en casos de dolencia abandonan al negligente y se van á ofrecer al que tiene cuatro sencillos medicamentos.

FR. LEANDRO CORNEJO, O. F. M.

(Continuará).

CHINA.—LA PERSECUCION DE LOS BOXERS

Cuatro mártires del «pago» Leang-tsuen-t'ao



ALLÁNDOSE la cristiandad de Leang-Tsuen-t'ao rodeada de un muro de tierra y ladrillos, los cristianos del lugar pensaron que no era conveniente entregarse cual débiles ovejuelas á los rapaces lobos Boxers. Pensaron, con muchísima razón, que hallándose en condiciones de resistir y, con el auxilio de Dios, de vencer acaso al injusto agresor, su deber era oponer una fuerte y heroica violencia á la violencia que se les hacía. En efecto, preparadas espiritualmente sus almas por lo que pudiera ocurrir, invocado con extraordinario fervor el auxilio de lo alto, se hicieron los preparativos para una formal defensa de sus vidas y haciendas... Llegó el temido momento y con él los Boxers, los cuales comenzaron el ataque entre bramidos de ira y gritos de muerte y desolación, defendiéndose los cristianos con sobrenaturales alientos y como previendo tras la lucha una completa victoria. Cinco días completos duró el combate entre los satélites de Satán y los adoradores de Jesucristo, hasta que el quinto día cayó muerto de un balazo el jefe de los Boxers, y sus subordinados se dieron á vergonzosa fuga mientras los cristianos se retiraban al templo para rendir á Dios el homenaje de su más vivo reconocimiento y hacimiento de gracias, muy debido por cierto, pues con haber quedado fuera de combate no pocos de los Boxers, con lo cual caía por tierra su pretendida invulnerabilidad, nuestros cristianos, en cambio, no tuvieron que lamentar la más insignificante desgracia, ni siquiera el más leve rasguño en sus cuerpos.

La humillación sufrida por la llamada *milicia espiritual* había sido demasiado grande para que tuvieran valor de sobrellevarla con resignación; era necesario que la afrenta recibida tuviera digna reparación y que el honor perdido se recuperara con creces; era necesario que ni uno siquiera de los cristianos de Leang-tsuen-t'ao, grande ni chico, quedara con vida, sus cabezas habían de ofrecerse ante el altar de los dioses ultrajados.

Al efecto, los jefes Boxers hicieron un llamamiento á los cofrades de la secta, excitando su patriotismo y confraternidad; algunos miles de aliados acudieron presurosos al llamamiento vomitando rabiosa espuma de sus bocas, maldiciendo el nombre cristiano y jurando ensayar en los cristianos de Leang-tsuen-t'ao las crueldades más refinadas y que á la menor resistencia no quedaría uno con vida.

De todo eran capaces aquellos monstruos infernales. De tejas abajo nuestros pobres cristianos estaban perdidos porque, ¿cómo un puñado de ellos con malas armas, con fusiles de pistón, lanzas y herramientas de labranza, podrían defenderse contra un ejército en regla de miles de hombres provistos de cañones (aunque fuesen de la época antidiluviana) y máquinas relativamente *formidables*, que por sus bocas arrojaban fuego y desolación? Pero es el caso que los cristianos con ser pocos é inexpertos y no obstante que veían la gran desproporción de medios para la lucha, sin acobardarse ante el espectro de la muerte, antes bien considerándola como un verdadero martirio, no perdían el ánimo y confiando en Dios, cuya protección pedían con incesantes ruegos y lágrimas de penitencia, se aprestaron á morir matando.

En esto oyéronse los primeros alaridos de los sanguinarios Boxers y á los gritos siguieron los disparos de sus fusiles. Los cristianos, invocando en alta voz el auxilio divino, mientras sus mujeres é hijos permanecían arrodillados en la presencia de Dios cual Moisés en lo alto del monte, con los brazos extendidos implorando misericordia, respondieron con tal valor y puntería, que centenares de los *invulnerables* milicianos dejaron sus vidas al pie del muro de Leang-tsuen-t'ao, otros quedaban mal parados para el resto de sus días y... todos á no tardar convencidos de que aquello de no poder ser heridos tal vez no rezara con los cristianos, pero que en ellos era una pura farsa, tomaron el partido más prudente: las de Villadiego.

Esta segunda victoria de los cristianos, lo mismo que la primera, fué considerada por propios y adversarios como un verdadero prodigio fuera del orden natural de

cosas, toda vez que ninguno entre ellos perdió la vida ni resultó herido, á pesar de que los perdigones y aun gruesas balas caían como lluvia en el pueblo; mientras que sus miserables fusiles de caza causaron un verdadero estrago en el enemigo. Además, ahí están los supervivientes dispuestos á certificar que en lo más recio del combate se dejó ver en las alturas una visión toda hermosa, celestial; aparecieron visibles á todos los cancelados brazos del seráfico Padre San Francisco de Asís, arrojando rayos de vivísima luz que, al par que á los Boxers causaba extraordinario pavor y miedo hasta que se dieron á la huida, en cambio eran la esperanza de los cristianos á quienes comunicaban un como sobrenatural valor y fortaleza de ánimo. Así es que agradecidos nuestros cristianos á Dios y á su seráfico Padre, á cuya Orden de Penitencia pertenecían en gran parte, celebraron aquel año con extraordinaria solemnidad la fiesta de la impresión de las llagas, que es el 17 de Septiembre.

Tampoco será tal vez temerario atribuir tal victoria á la sangre tan generosa y heroicamente derramada en glorioso martirio por cuatro cristianos del mismo pueblo de Leang-tsuen t'ao días antes de estos combates. Veamos cómo.—Pablo Han y Mateo Tsen eran dos amigos, dos buenos, fervientes cristianos que el día 10 de Agosto del año de la persecución y de las victorias de los cristianos habían ido, como de costumbre, al mercado para vender sus hortalizas y legumbres. Aquel día los Boxers, en mayor número de lo ordinario, corrían por las plazas y por los caminos y el mercado buscando á gritos á los cristianos, para obligarlos á la apostasía ó darles muerte si á ello se negaran. Hubo un pagano que conociendo á nuestro Pablo lo delató á los Boxers, los cuales cual rabiosos perros ansiosos de sangre se arrojaron sobre él y maniatándole cruelmente lo arrastraron á una pagoda próxima. En el entretanto, Mateo, que se hallaba no lejos de allí, escurrió el bulto y logró huir, pero acusado también fué perseguido y capturado en una caída que sufrió por un mal paso dado con el apresuramiento, y como su amigo y compañero conducido á la misma pagoda. El jefe de los Boxers sentado *pro tribunali*, les propuso se acogieran al decreto de misericordia publicado por el Virrey en favor de cuantos cristianos renunciaran á sus religiosas creencias. Mas ambos cristianos unánimemente respondieron: *Ngo men pu neng pei kiao*. «No podemos renunciar á nuestra religión.» Me basta, me replicó dulcemente el boxer, que queméis incienso á los ídolos para que al momento seáis desatados y libres; hacedlo así, porque en ello os va la vida.» *Ngomen pu neng pei kiao*. «No puede ser, no apostatamos,» fué la única respuesta de los benditos confesores de la fe. En vista de fortaleza tanta, fueron atados á un grueso madero y cruelísimamente apaleados, en presencia de inmensa muchedumbre de paganos, entre los cuales se encontraban algunos amigos ó conocidos suyos, los cuales les aconsejaban no

fuesen pertinaces, que por lo menos ficticiamente apostatasen aun cuando fuese arrodillándose ante los ídolos. Todo fué inútil, pues á tan desinteresados consejos respondían siempre con el *non possumus*, «no podemos hacer tal.» Bramando de ira los Boxers repitieron la flagelación con más encarnizamiento que la vez primera, é hiriendo y picando sus carnes con punzones y diversos instrumentos rematados en punta, sin que á tan duro tormento se oyera por parte de las víctimas sino una débil voz, invocando continuamente los dulcísimos nombres de Jesús y María: *Jesu k'o lian ngo. Sen Mu k'o lian ngo*, «Jesús mío, tened compasión de mí. Madre de Dios, tened compasión de mí.» Como Pablo viese que su compañero agonizaba, le dirigió palabras de consuelo y fortaleza de ánimo, oyendo lo cual creyeron los Boxers que separándolos podrían conseguir de ellos la apostasía.—Dulces palabras, promesas, amenazas, tormentos nuevos, todo fué inútil: «En vano os empeñáis queriendo conseguir de nosotros una cosa que no nos es posible hacer,» decían ellos humildemente. Así es que arrastrados ambos fuera de la pagoda, fueron definitivamente decapitados. Posteriormente nada se ha podido saber de sus sagrados cuerpos, siendo probable que los arrojaron por los campos para pasto de animales.

La tercera víctima fué el cristiano Benito Ien, nacido de padres paganos y niño aún adoptado por una ferviente familia cristiana y educado cuidadosamente en las máximas de nuestra santa Religión, llegando á ser modelo ejemplar de vida cristiana para sus compañeros de adolescencia. Habiendo recrudecido la persecución contra el Cristianismo y sabiendo el glorioso martirio y triunfo obtenido, por los dos precedentes Pablo y Mateo, quiso visitar piadosamente el lugar del combate y de la victoria. Allí fué reconocido como cristiano por un pagano, el cual apresuróse á buscar á los Boxers, los cuales al momento le apresaron atándole cruelmente no obstante su avanzada edad de 84 años, y como se negase resueltamente á obedecer el decreto de apostasía y confesase impertérrito á Jesucristo Redentor en medio de acerbos dolores, mereció finalmente obtener la palma de los mártires.

En fin, el cuarto de los gloriosos mártires del pago de Leang-suen-t'ao fué un cristiano llamado Jan-van, cuyo nombre de bautismo se ignora. Hecho también prisionero y negándose á renunciar la religión cristiana, fué decapitado. Cuentan de él los paganos que su cuerpo permaneció insepulto por espacio de mucho tiempo, sin que viesen nunca que los animales ni las aves se acercaran á él, lo cual fué considerado por todos por hecho providencial y extraordinario. Sin embargo, todas las investigaciones que se hicieron más tarde para hallar sus sagrados restos fueron completamente inútiles.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA, O. F. M.
Misionero Apostólico.

(Continuará).



LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES (República del Panamá)

CUARTA ENTRADA

XIX

Últimas visitas por España. —Recortes de una carta al Padre Provincial. —Bella perspectiva del progreso de la Misión. —Percance de viaje por el cambio gubernamental de Panamá. —Embarque para la Misión. —Triste desenlace de un presbiteriano masón. —Otro presbiteriano. —Empiézase la catequización en Santa Isabel. —Idea del estado moral del pueblo de Santa Isabel. —Desean los indios que vuelva el misionero, y tienen por castigo de Dios el que no vuelva. —Muerte providencial de un italiano. —Efecto de la rogativa. —Enfermedad de las perlas. —Variedad de insectos. —Queman los indios á fuego lento al infeliz brujo Portete, que tanto se me opuso en las primeras entradas á los indios. —Algunas enseñanzas para misioneros.

En los primeros días de Marzo dimos el indiecito y yo una vuelta por las Casas de las dos Provincias en España, á recoger y á agradecer los objetos que nos regalaron y arriba apunté, procurando de paso mostrar á mi Estanislao las cosas que más buenas ideas le habían de suscitar sobre moralidad, orden y religión, para que pudiese ayudar á la cristianización de sus paisanos. Las muestras de tanta caridad, como le mostraron en las conferencias que dimos, agasajo ó caridad que él aun no podía apreciar por estar tan reciente su salida del bosque; la atmósfera de la nación, que aunque tan cristiana, por donde yo le llevaba, no estaba tan saturada de religiosidad, á su modo de entender, como la en que yo le había puesto; y el mal ejemplo de alguno que otro que le había deseducado en los viajes, á pesar de mi cuidado, me lo tenían algo trastornado al pobre indiecito. Cada día se me fué descomponiendo más en el regreso. Al fin averigüé quién me lo desquició por el mar. Mas no adelantemos ideas. Comprendo lo difícil que es hoy en día á los padres de familia guardar á sus hijos del común contagio. De ahí la obligación de redoblar su vigilancia para conservar en los hijos la fe y las buenas costumbres.

En Deusto los Padres y Hermanos y no menos los señores Universitarios, se esmeraron en regalarnos, por lo que les estamos agradecidísimos. Tan buena acogida no fué parte para impedir que el frío no me postrase, acostumbrado como estoy ya á vivir en tierra caliente. Visto que del ataque que me dió estuve ya con los Santos Sacramentos, lloraba mi Estanislao junto á mi cama y decía: «Si tú te mueres, ¿qué será de mí?—No temas, que estos Padres que merodean serán tus Padres y ellos te llevarán á tu tierra, ó si prefieres quedarte cuidarán de tu educación en España.

Recobrada la salud y visto que por dictamen de los médicos me había visto en aquel trance por efecto de las malas comidas y de la vida atropellada que había en la Misión llevado, y que recaería si no tomaba allá un régimen de leche en las comidas, determiné llevar con el botín de objetos de iglesia y de biblioteca y demás ajuar que tenía recogido, unas cabras, aunque preveía que á los demás oficios de misionero y oficios domésticos, tendría que añadir el oficio de pastor, á lo

menos por de pronto, pues los indios no habían de querer recibir aquellos rumiantes en sus tierras, como á su tiempo se dirá, y menos querrían cuidarse de apacentarlos. Tantos son sus prejuicios. A la solícita caridad del Hermano Penalva debí los tres ejemplares de cabras que tanta paciencia me han hecho ejercitar, y él fué quien dió tantísimos pasos por Barcelona para arreglar todo lo del viaje, haciendo á la Misión ese servicio, ya que no le permitiera dar su persona para los karibes. Dios le pagará su voluntad y su caridad. El Sr. B. Vallarino, Cónsul de Panamá, en Barcelona, también se distinguió por su pronta solicitud en hacernos los despachos gratis, considerando nuestra empresa como nacional.

El 10, pues, de Abril de 1908, debido á los buenos oficios de caridad de D. Santiago y D. Luis López y del Sr. Comandante del Puerto, D. Joaquín Borja, quienes, con sus señoras y otros amigos, por mostrar el afecto á la obra de cristianización que yo representaba, vinieron á acompañarnos al Puerto, embarcamos sin dificultad todo el matalotaje, incluso los rumiantes, que ascendieron á la más alta cubierta para ser nuestro recreo en la travesía. Tocónos, por dicha, tener al mismo vapor «Montevideo» y la misma oficialidad que



FERNANDO POO (MUNI) —El R. P. Galache, instruyendo á dos pamues salvajes en el interior del Muni. Los pamues están, como se ve, vestidos de gala con los aderezos propios del salvajismo. —Reproducción directa de fotografía remitida por el reverendo P. Marcos Ajuria, C. M. F.

con tanta consideración nos había traído. Sean estas páginas, de nuevo, testimonio de nuestro profundo agradecimiento para tan digna oficialidad de la Compañía Trasatlántica. También quiero agradecer aquí á todos los de Casa y los de fuera, la caridad que nos mostraron por ayudar á la conversión de los gentiles. Salimos de tarde hacia Cádiz.

Tuvimos, gracias á Dios, feliz travesía. Supe como los Padres Agustinos, por falta de personal, determinaban dejar la Misión del Bayano, á la cual, ó sea á los gentiles, propiamente aun no habían entrado, sino sólo á la Parroquia de blancos que se llama Chepo. (Véase n. XVI. Día 20).

Llegamos á Colón el 7 de Mayo, donde el señor Gobernador recibió en los depósitos del Palacio del Gobierno nuestra carga; los rumiantes fueron á la quinta del señor Gobernador, donde nos dió la cabra dos chotitos, esperanzas del porvenir.

Quedó muy complacido el señor Obispo del éxito del viaje, ya que le fuí contando todo, y habiendo descansado unos días, empezamos á aprestarnos para la cuarta entrada á los indios. Extractaré algunas noticias sobre la Misión que escribí en una carta de 23 de Mayo de 1908 al Padre Provincial. El señor Gobernador de Colón, aunque masón, como dijeron los periódicos, me proporciona por encargo del Gobierno cuanto necesito, con mucha atención... Parece que los indios en mi ausencia intentaron derruir mi choza, pero al fin prevaleció, en una discusión que tuvieron, la idea de que era «Casa de Dios,» como la llaman los catecúmenos, y así se contuvieron los gentiles, y parece que en la tal choza se siguen reuniendo á rezar y cantar lo que saben. El 2 de Junio pienso salir de Colón para hacer la cuarta entrada á los indios y verles el 6. Desde que entré en los trópicos ando sin dormir bien y con no declarada ictericia... Van á cambiar aquí de Gobierno. Este me pidió anteayer informe del modo que tienen de gobernarse los indios y razón de lo que nosotros pretendemos hacer y de lo que deseamos se nos conceda, etc. Yo juzgo que si en definitiva tomamos esto, se habría de plantear el sistema de nuestros antiguos padres, que está explícito y circunstanciado en la «Historia del Marañón español;» y por esto desearía que á vuelta de correo me hiciese V. R. la caridad de mandarme unos ejemplares de esa Historia, para las futuras casas, en cuyo libro XI está el Compendio de un como Instituto de Misiones. He contestado al Ministro del Interior, que no le podía decir aún del régimen interior de los salvajes hasta que en esta Entrada que voy á hacer me entere más. Con eso doy tiempo á que me llegue la deseada de V. R. y la dicha «Historia», donde vean impreso el plan ó sistema de Misiones entre gentiles, y venga también el Hermano de las cualidades que dije en otra carta.

Ayer me regaló el Gobierno un par de lechones de raza, traídos de los Estados Unidos, entre otros que venden para mejorar la raza. Quiere que tengamos animales domésticos, pues los indios no entienden de ninguna clase de cría de animales, si no es que algún indio tiene alguna que otra gallina. Esos ocicudos me obligarán á otro nuevo oficio mientras yo esté solo, pues el indio, que se va haciendo cada día más insufri-

ble, ni quiere que le nombren los animales, y menos hay que esperar de los otros indios. Tales son sus prejuicios y tal su selvática soberbia. Vea V. R. por ahí si los Hermanos y aun Padres que por acá vinieron, si se habrán de humanar ó hacerse *humo* ó *limo* ó *tierra* para enseñar la humildad en la práctica, so pena de que esta Misión no vaya adelante. Los Padres que hayan de venir que lean mucho al P. Chantre y al P. Gummilla, quienes enseñan lo que aquí se necesita.

En este viaje voy á ver si logro hacer casa en Santa Isabel (véase el mapa n. VIII), último pueblo de cristianos, pues el señor Obispo dice que será bueno ese pueblo para escala, mientras se llegue el tiempo de tomar los demás pueblos, á medida que haya Padres (1). A ese pueblo podremos entretanto salir á descansar y á proveernos, pues los viajes hasta Colón son muy largos, si no hay viento, y penosos. Cuando vayan viniendo los Padres, sea por entregas para no excitar animadversión de masones, que hay muchos, y cada Padre vaya á su pueblo de cristianos viejos como se dijo. (Véase n. XV. Día 20). Allí cómodamente se irán aclimatando y haciendo entretanto mucho bien á los negros, podrán estudiar el idioma y los mismos Padres se medirán para ver si son para entrar á los gentiles. No es poco que en tan corto tiempo tengamos ya diccionario, gramática y Catecismo en la lengua; casas, aunque pobres; ajuar de parroquias; animales domésticos y todo lo necesario, y los elementos de los dos Gobiernos en nuestro favor. Ni nos falta la historia, pues he encontrado un ejemplar rarísimo de los antiguos Padres, interesantísimo, que me pondré á los apuntes que voy haciendo de lo que sucede, y así tendremos lo antiguo y lo moderno. Hasta tenemos mapa. Aquí en América, más que en otras partes, es convenientísimo pensar bien las cosas y ejecutarlas pronto, porque fácilmente cambian las circunstancias, y lo que pocos meses antes era muy factible, se vuelve pronto imposible, pues no hay esa gravedad que en España, ni duran las cosas y mandatos tanto.

Día 2 de Junio. Ayer telegrafieron de Colón que hoy salía la gasolina en que me debía ir á los indios. A lo que parece, han fingido una avería, y ya no sale esa gasolina del Gobierno para que salga otra de los antigobiernistas (ya estamos en los sempiternos líos de cambio de gobiernos de América), quienes llegan sólo á puertos intermedios, y así no me puedo embarcar con ellos. Otra novedad ha ocurrido con la deposición del Gobernador de Colón, por enseñar una carta del Presidente al Ministro de la Guerra yanqui. Con todo, las logias en corporación le fueron á agradecer sus buenos servicios al depuesto para darle el pésame.

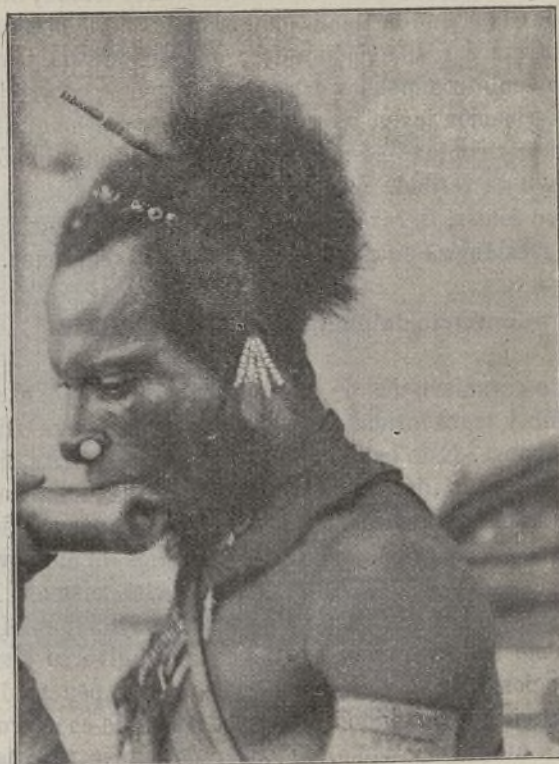
Día 3. Me embarqué. Llegué á Playadamas. Me hospedó en su casa un presbiteriano en la su única casa que allí hay. Se ha hecho el tal dueño de la casa hace poco masón, porque diz que el hombre ¡cuántas más religiones tiene más honra á Dios, pero no quiere ser católico! ¡Lástima, me dije, que un hombre tan guapo, tan honradote á su modo humano, tan afortunado y de corazón tan sensible, se haya endemoniado! Voy á ver si se convierte y le pago así su excelente hospedaje y

(1). Véase el Apéndice.

los demás oficios buenos que en otras ocasiones me ha hecho (V. n. V. Día 9).

De mañana, pues, estábamos los dos sobre la barandilla de la azotea cara al mar, y le digo: Ya sabe V., Mister, que le aprecio por los buenos oficios que me ha hecho, y por la posada que V. cada vez que paso por aquí me ofrece, y por eso se lo quiero pagar ayudando á su salvación. Dígame con claridad: ¿qué secta tiene V.?—Era luterano; hace poco me hice presbiteriano, porque me parece cosa mejor, y últimamente me hice también masón. Por esto último he puesto en la puerta las insignias masónicas, porque cuanto más religiones profeso es mejor y para que me favorezcan en el comercio.—Pero V. no ve que todas esas sectas no son de Dios, sino del diablo.—Padre, no me hable de esas cosas, porque estoy bien hallado con eso y así pienso agradar á Dios.—Pues no le agrada, porque son cosas malas, porque favorecen las maldades y son frutos del demonio. ¿Usted no ve que el Catolicismo en sus obras es bueno?—Sí, Padre, pero cada uno ve lo que más le conviene.—Es que la conveniencia, si es temporal sólo, no tiene que ver nada con la conveniencia eterna. Usted ¡por ahí no se salva, sino que se condena. ¡Y qué lástima que un corazón tan bonito como el suyo vaya á quemarse con los demonios!—Padre, ¡qué claro habla V.!—Porque le quiero.—Dejemos eso.—No, señor; hoy V. se convierte á Dios y ahora mismo me pone V. sus dificultades ó dudas contra la santa Religión Católica.—Padre, ¡si yo no he pensado en dificultades!—Yo le explicaré á V. las que los protestantes suelen poner. Se las expliqué y aclaré y quedó satisfecho.—Pues nada, nada, vamos á hacer la retractación, la confesión y el bautismo *sub conditione*, pues todas las facultades traigo y se convierte V. en un apóstol de toda la indiada karibe, pues que á casi todos cono-

ce V. en su comercio.—¡Ay, Padre, que no estoy dispuesto para eso!—Porque ¡no querrá V. Dígame, ¿no



NUEVA GUINEA INGLESA.—Un bereína chupando la pipa indígena.—Reproducción directa de fotografía enviada por el Padre Gaspar.

ve V. por lo que le he explicado, que la Religión católica es la verdadera?—Sí, Padre.—¿Ve V. que ninguna secta tenga la santidad que la católica?—No, Padre.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).

IDEAS MESIÁNICAS EN LAS RELIGIONES DE LA INDIA



La creencia en un futuro Redentor ha sido siempre patrimonio común del género humano. En todas partes y entre pueblos de razas distintas, color diverso y circunstancias de vida también diversas, encontramos rasgos de una vaga confianza en un Restaurador, Médico divino, cuyas inefables drogas serían de efecto infalible para curar las llagas de la humanidad. El texto sagrado del Génesis ofrece una prueba apriorística de esta verdad. La profecía contenida en el cap. 3, 15, indica claramente que el hombre no ha de ser á la larga el dañado y perjudicado por la transgresión, sino antes al contrario, que él obtendrá victoria sobre su jurado enemigo por mediación de la semilla de la mujer, Jesucristo. El Hijo de la mujer *par excellence*, quebrantará la cabeza de la serpiente enemiga, destruyendo su dominio y su imperio de pecado. El triunfo no es dudoso, la profecía es absoluta, y en su cumplimiento Dios compromete su soberana palabra.

El sacrificio

Nuestros primeros padres comprendieron á no dudarlo, que la profecía contenía la promesa de ser liberados de la esclavitud y servilismo en que incurrieron por el pecado. Así vemos que cuando Adán y Eva fueron expulsados del paraíso de Delicias, ofrecieron sacrificio de expiación á Dios. Por este acto demostraron la confianza que abrigaban en su corazón de agradar á Dios y aplacarle con sus ofrendas. Mas, ¿cómo pudieron ellos confiar en agradar á Dios, si él mismo no les había revelado que aceptaría sus víctimas? Procediendo éstas de manos impuras, manchadas con la ofensa recientemente cometida, no podían tener valor propiciatorio. Luego si Dios se agradó en ellas y las aceptó, fué porque representaban la víctima pura é inmaculada del Nuevo Testamento.

Adán y Eva, que á la vez que eran padres naturales del género humano, eran también sus nativos instructores y guías en el orden moral, enseñaron á sus hijos

á ofrecer sacrificios de propiciación á su Dios, en cuya enseñanza se contenía el fondo de la profecía mesiánica. La humanidad, partiendo de un tronco común, llevó por toda la faz de la tierra los gérmenes de la creencia mesiánica. Verdad es que muy pronto los mutiló y confundió con otros muchos errores y ensueños, parto de su imaginación joven y fecunda. Mas por mucho que los mutilase y confundiese, aún quedó en el fondo un *substratum* de verdad. Este hecho es el que constituye en nuestro sentir, la razón apriorística de la existencia de ideas mesiánicas entre todas las gentes y religiones.

Comercio del hombre con la Divinidad

Nota característica de las religiones del Este es la relación y trato íntimo que ellas establecen entre Dios y el hombre. Esto es lo que constituye el espiritualismo del Este. Nada más accesible á la inteligencia oriental que un Dios que lo informa todo. La aspiración continua de los arios, manifestada en los himnos védicos, era atraer al infinito dentro de sí mismos. El indio ineducado conoce muy poco ó nada del panteísmo como sistema, mas sus ideas del universo y sus concepciones de la vida, están más ó menos penetradas de panteísmo. Cuando él ofrece los frutos de cocotero ó flores á un diforme ídolo, podemos descubrir por bajo de su idolatría un buen fondo de panteísmo, del cual difícilmente se libra. Misioneros que han vivido en continua comunicación con el pueblo, aseguran haber observado existir en la mente de los indios una vaga pero real conciencia del Ser Supremo, presente siempre á todo cuanto acontece. Los europeos no pueden llegar á comprender la ilimitada confianza de los orientales en sus dioses. Trabajo cuesta al europeo levantar sus ojos á Dios en las horas de calamidad y de miseria; los orientales, sin embargo, sin esfuerzo alguno, espontáneamente se dirigen á su Dios. Es que para el primero, la pobreza y miseria son resultados de sus faltas, de su infortunio, de su estrella que no le es propicia, mas para el segundo todo procede directamente de Dios. El europeo ve en las desgracias que le afligen causas naturales; el oriental no ve más que la acción de Dios. Con frecuencia hemos preguntado á gentes de pueblo por qué no ahorran algo para su vejez ó para el tiempo de enfermedad, y siempre hemos recibido por contestación que Dios dará y proveerá para entonces. Nuestros aldeanistas españoles son muy considerados en sus gastos, ahorrando para tiempo de escasez, enfermedad ó vejez; los indios, en general, no se cuidan del día de mañana. Siempre dependen de Dios, como si El, al dejar al hombre en mano de su consejo, no habría sapientísimamente dispuesto que el hombre debe proveer para su futuro y que la providencia divina no excluye la humana.

Encarnaciones ó Avatares

Las encarnaciones de la Suprema Deidad, fué gran parte principalísima en la teología védica. Los escritores indios designan estas manifestaciones de la Divinidad con el nombre de *avatares*. Este término sánscrito significa *descenso* y compónese de *ava* abajo y *tara* descender. Esta doctrina de las *avatares* ó en-

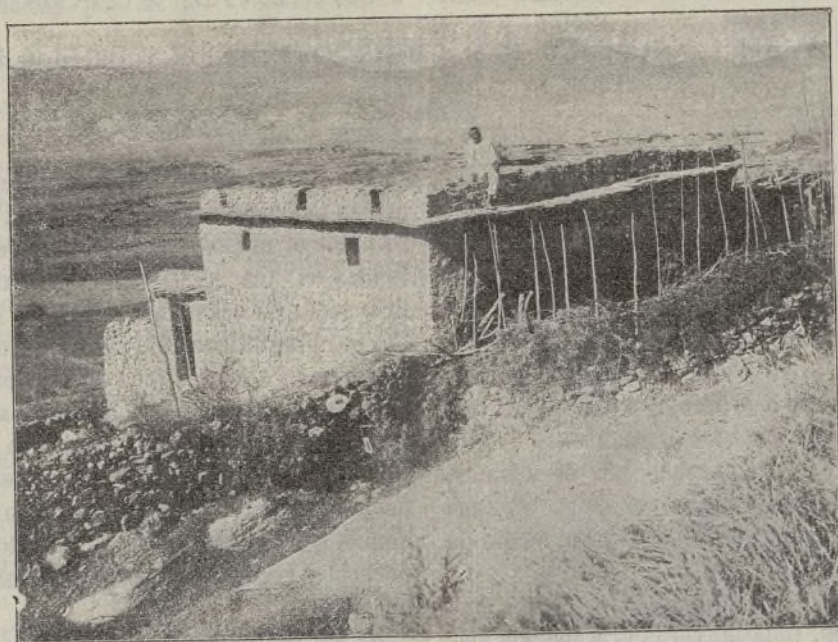
carnaciones están ciertamente en oposición con el panteísmo, que, como dijimos, forma el fondo del hinduismo. Porque si todo es Dios y todo se identifica con la deidad, ¿cómo puede ésta manifestarse en diversas cosas y aparecer bajo formas completamente distintas? Si el dios es impersonal, conforme profesa el panteísmo, ¿cómo pues de personalizarse en las avatares? Mas, prescindamos de la lógica y consecuencia de las verdades que integran el hinduismo y expongámosle tal cual es. Es indudable que al lado del panteísmo existen en la teología védica las avatares de dios. El indio ha suspirado continuamente por *uno* que descendiese ó se encarnase por el bien del hombre y para revelar la voluntad de Dios. Así leemos en el Bhagavad-Gita ó divina canción, obra popularísima entre los indios, «para proteger á los justos, para destruir á los obradores del mal, para firmar la ley, Yo me encarno, edad tras edad.»

Número de las Avatares

Los escritores indios no están acordes sobre el número de las encarnaciones de su dios, Vishnu. Mientras unos quieren que no sean más que diez, otros las extienden hasta veinte, y otros, finalmente, las hacen innumerables. Las diez comúnmente aceptadas son como siguen: en primer término se colocan las *animales-avatares*, la del pez, la de la tortuga, la del jabalí libertando la tierra de un diluvio y la del hombre-león, matando un demonio. En segundo lugar se clasifican las enano-encarnaciones, en las cuales Vishnu engaña á Bali, señor de la tierra, pidiendo un pequeño sitio para colocarse en ella, y en fin, se posesiona de toda ella. En tercero y último término se disponen las humano-encarnaciones, la de Parazu-Rama, ó sea Rama con arco, la de Krishna-Rama, el héroe de la epopeya ramayana, y Buddha. Las tres primeras avatares están indudablemente relacionadas con el diluvio. En ellas el dios se encarna para libertar al género humano de la destrucción que le amenaza por agua. Hay indudablemente entre estas narraciones y la mosaica del diluvio grandes semejanzas que al presente no podemos detenernos á relatar. Quizá algún día trate de estudiarlas.

La encarnación de Krishna

Entre las encarnaciones humanas la de Krishna merecen particular atención. Krishna es una de las más populares de las deidades que forman el cielo de dioses védicos, y ha obtenido tal preeminencia que sus devotos le consideran no como una simple encarnación de Vishnu, como en realidad es, sino como independiente deidad. El, pues, ha suplantado al dios de cuyo seno descendió y cuya manifestación es. Tomó forma humana en la tercera edad del mundo para libertar al género humano de la tiranía de Kansa, representante del principio del mal. En dos obras principalmente se describe su carácter, es á saber, en el Bhagavad-Gita y en el Bhagavata Purana. El entusiasmo que esta deidad ha inspirado entre las masas populares, es responsable de las leyendas que se han acumulado sobre ella. El pueblo nunca fué parco en aglomerar narraciones más ó menos verídicas sobre sus héroes.



ABISINIA.—Iglesia católica de Gouala.
Reproducción directa de fotografía remitida por el P. Baeteman

Vida de Krishna

Los racionalistas contemporáneos, que en cada máxima del cristianismo no ven sino rastros de religiones y cultos primitivos, han llegado hasta decir que el nombre sacrosanto y divino de Cristo no es otra cosa que Krishna. Mas la semejanza de estos dos nombres es á lo sumo fonética, porque mientras Cristo significa ungido y sagrado, Krishna significa solamente el negro y en modo alguno denota persona sagrada.

Los escritores indianos relatan el nacimiento y vida de Krishna del modo siguiente: El rey de los Daityas (gigantes demonios que en la edad épica representan los aborígenes de la India cuando los arios invadieron el país), tuvo dos hijos, Devaka y Ugrasena. El primero tuvo una hija llamada Deraki que posteriormente casó con un noble de la raza de los arios, Vasudera. De este matrimonio nacieron ocho hijos, el más joven de los cuales fué Krishna. La obra sánscrita Prem-Sagar, da una detallada narración del nacimiento de este dios-hombre. Entre esta narración y la evangélica del nacimiento de Jesús, existen muchos puntos de contacto, como el lector observará. La madre del héroe visita, al poco tiempo de concebir en su seno, á la mujer del Pastor Nanda, del mismo modo que María visita á Isabel. Krishna nace en un establo, á media noche y en la estación del frío, en la coyuntura de que su padre, como San José, tuvo que ir con su virginal esposa á pagar taxas ó tributos. Sencillos pastores le traen á su cuna jarras de leche para su alimentación y entonan dulces cánticos para su recreo y alegría, del mismo

modo que pastores adoran á Jesús en el establo de Bethlehem y Angeles del cielo lo recrean con sus canciones.

Kansa, la personificación del espíritu malo, llega á enterarse del nacimiento del niño prodigioso que destruirá su imperio del mal y se apresurará á dictaminar órdenes y á trazar planes para acabar con su vida, y á este fin manda matar todos los niños varones de la tribu de Yadu. Mas Krishna evade las intrigas de su enemigo, ocultándose en casa de Nanda y Sasoda que pertenecían á otra tribu. Este hecho indudablemente se relaciona con la matanza de los inocentes de Bethlehem y la huida á Egipto.

Carácter físico de Krishna

A los dos hermanos Bala-Rama y Krishna, se les atribuyen fuerzas de gigantes y titanes que luchan y vencen á poderosas deidades. Krishna persuade á los pastores á abandonar el culto de Indra, deidad védica, y á sustituirle por el de las vacas y montañas. Indra, airado por esta ofensa, determina castigar á Krishna y á sus seguidores por medio de un diluvio. Mas el valiente héroe evadió las iras del dios, levantando la montaña Govardhana y sosteniéndola en alto con uno de sus dedos, él con todos sus compañeros y vacas se protegieron debajo de ella.

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ,
Carmelita Descalzo.

(Continuará).

MIS PRISIONES ENTRE LOS TURCOS

Relación del P. IVÁN, escrita por el R. P. CHRISTOFF, de los Agustinos de la Asunción

(Conclusión)

PERO, ¿por qué los turcos me habían, pues, dado libertad de improviso y sin razón aparente? Pronto tuve la explicación de ello.

Al día siguiente se presentaron dos caballeros acompañados del *yuz-bachi*. Vestían á la europea y se decían enviados por el cónsul de Francia en Andrinópolis para asegurarse de si yo estaba ó no en la cárcel, como se lo habían escrito á M. Meyrier. El oficial turco se mostraba de lo más afectuoso y atento.

«—Como pueden Vds. comprobar por sí mismos, les dice con la más exquisita finura, el *Papás effendi* está aquí en plena libertad, en un hotel y en medio de sus amigos.»

Tomo yo la palabra y me pongo á contar con el mayor descaro, en francés, toda la verdad, á los dos enviados del cónsul.

Se marcharon, pues, muy *edificados*.

Entretanto continué en mi *khan* aburriéndome soberanamente sin ver venir á nadie. Hacía mis oraciones en mi cámara con más libertad que en el desorden y la promiscuidad de la prisión; pero me era imposible celebrar allí la santa Misa, y no tenía otra distracción más que la charla con los asiduos concurrentes al café.

Se apoderó de mí un tedio terrible en esta reclusión sin causa justificada, lamentando asimismo los gastos forzosos que me imponían la estancia en el hotel, porque soy pobre. Me resolví, pues, á afrontar de nuevo la situación.

Enterado de que hay telégrafo de aquí á Orta-Keuï, envié un telegrama á M. Meyrier quejándome de mi detención sin juicio previo y de la reiterada negativa de los turcos á juzgarme.

Sucedió lo que yo esperaba. Aquella misma noche fui conducido al *konak*. El *caïmacam* tenía en sus manos mi telegrama, que, como es de razón, le había sido entregado por el fiel telegrafista.

Ya podéis adivinar con cuánta severidad me reprendió. El *yuz-bachi* se puso furioso y descargó sobre mí una lluvia de amenazas. Para permanecer fiel á mi sistema, chillé más fuerte que él y reclamé de los jueces con toda energía.

«—Si no me dais la libertad, declararé, partiré á pesar vuestro para reclamarla en Andrinópolis. Vuestros soldados pueden fusilarme á las puertas de Orta-Keuï; pero recibiréis en seguida una lección de la que se aprovecharán otros inocentes.»

Tan resueltos acentos electrizaron hasta al apático *caïmacam*, el cual irguiéndose sobre el diván exclamó:

«—¡Ah! ¿quieres ser juzgado? no hay inconveniente. Lo serás mañana mismo.»

Y en efecto, me sometieron á juicio en la forma más grotesca.

Mis jueces eran el *caïmacam*, el *yuz-bachi* y dos escribas cualesquiera del *konak*. Ni sombra de abogado, ni público, ni testigos. Todo se efectuaba á puertas cerradas en una habitación particular. Después de las preguntas de ordenanza sobre mi identidad y mi estado, me preguntaron: «¿habéis conocido á éste? ¿habéis encontrado á aquél? ¿por qué tal paisano, tal día estaba ausente del pueblo?» En una palabra, se proponían llevarme á comprometer á alguno de mis fieles; pero salí del paso con fortuna. Me enseñaron un billete que decían haberme dirigido los insurrectos. ¡Correspondencia con los enemigos del Estado! me negué á reconocerla y reclamé, como prueba, escribir una línea con mi letra.

Se me reprochó de haber proporcionado vituallas á los insurrectos, á lo que respondí que, en efecto, había dado pan á unos desconocidos vestidos á la turca y que hablaban el turco, los cuales se habían entregado como voluntarios enviados por el Gobierno en persecución de los insurrectos búlgaros. No tuve más remedio que socorrerles so pena de represalias, y además, ¿qué medios tenía yo para comprobar si era verdad lo que decían? se hace la caridad como se puede.

Me presentaron el interrogatorio para que lo firmase; pero me negué á ello sospechando que se me tendía un lazo, y me limité simplemente á hacer notar que el tribunal no me parecía regular, lo que escandalizó á los *kiatibs* (secretarios) é hizo enrojecer de vergüenza al *caïmacam*.

«—No hay en ello gran mal, dijo, puesto que pronto vas á encontrar otros jueces á tu gusto.»

Entonces me anunció que partiría inmediatamente para la cárcel de Andrinópolis. Era éste un golpe teatral preparado de antemano para doblegarme. Me hice el indiferente.

Al bajar vi la columna de prisioneros que debía dirigirse á Andrinópolis, colocados en fila en el patio del *konak*.

Eran unos setenta y cinco, todos búlgaros y conocidos míos.

«—¿Dónde están los coches? pregunté al *zaptié* que me acompañaba.

«—No hay coches, me respondió, iréis á pie.

«—¿Cómo quieres que estas pobres gentes, extenuadas por su estancia en la cárcel, anden 50 kilómetros cargados con cadenas sin morir? ¿no ves que algunos de ellos están enfermos?... Por lo que á mí respecta, te declaro que me niego á ir á pie á Andrinópolis. Con que, haz lo que quieras.»

El *zaptié* dió parte de mi rebelión á su *tchaouch*, el cual apeló á *yuz-bachi*, quien por su parte recorrió al *caïmacam*. Este último respondió con placidez: «Si quiere un coche, que lo pague.»

La respuesta vino acompañada con un par de grille-

tes que el mismo *tchaouch* colocó en mis manos con paternal solicitud. Así engalanado me adelanté hacia mis compañeros. Todos sin excepción me expresaron con la mirada su gratitud por mi intervención en su favor.

«—Hermanos, les dije, hay algunos entre vosotros demasiado pobres para poder pagar su asiento en el coche; pero como cristianos debemos ayudarnos unos á otros hasta en la cárcel. Bastarán cuarenta piastras por carro de ocho hombres, con lo que nos tocarían cinco piastras por cabeza. Pagaré yo solo el primer coche, y luego haré una cuestación entre vosotros para reunir el dinero de los demás. Sed generosos.»

En efecto lo fueron, pues en menos de nada tuvimos organizada nuestra caravana.

En la prisión de Andrinópolis.—Liberación.

El 23 de Diciembre, dos días antes de Navidad, fuimos encerrados juntos en el gran *kavouk* de Andrinópolis, consistente en una amplia bodega á la que se descende por una escalinata de tierra seguida de un plano inclinado todavía más fangoso. Las proporciones de esta prisión son mucho mayores que las de la cárcel de Orta-Keui, cosa muy natural, si se tiene en cuenta que es cabeza de partido de provincia. La incomodidad y el horror del lugar son mucho mayores de lo que yo me había imaginado. Sólo nuestro calabozo contenía 180 prisioneros apilados los unos sobre los otros, entre los cuales se hallaban 5 popes y 2 profesores búlgaros. Yo era el único sacerdote católico. Otros tres calabozos estaban igualmente abarrotados. El conjunto de las prisiones del *konak* contenía entonces 900 prisioneros, de los cuales 300 caían bajo el derecho común y 600 estaban detenidos por causas políticas; entre estos últimos figuraban 14 popes y 25 profesores búlgaros. De un calabozo al otro no existe comunicación alguna, pero teníamos á veces noticias por algunos prisioneros á quienes un capricho de los carceleros hacía cambiar de garito.

La distribución de los detenidos se había efectuado sin orden ni concierto; no había entre ellos categoría. Los turcos creen haber hecho bastante cuando han metido todo el mundo bajo los cerrojos. El arreglarse entre sí es cosa de los *habous* (prisioneros). Y en efecto, se arreglan lo mejor que pueden. Los valores individuales, los méritos personales, acaban por clasificarse, por escalonarse en la cárcel como en la sociedad, y se llega al fin á una especie de organización instintiva. Constitúyese poco á poco una autoridad tácitamente reconocida por la mayoría, autoridad que recae algunas veces en los más atrevidos y violentos. En nuestro pequeño infierno fué pronto atribuida á un grupo de popes y de profesores del que yo formaba parte.

Eramos nueve y nos había aproximado la comunidad de ideas y la conformidad de gustos. Se nos cedía sin disputa el mejor puesto en el estrado circular que servía de dormitorio. Al cabo de ocho días nuestro rincón había llegado á ser el asiento del Gobierno.

He de añadir, y dicho sea sin vanidad, sino á gloria de Dios y de la Religión católica, que en este pequeño

comité directivo desempeñaba yo el papel de presidente, debido en parte á la influencia adquirida durante los tres meses precedentes sobre la chusma de Orta-Keui, y en parte también al temor reverencial inspirado á los turcos por la protección de Francia de que yo gozaba.

De vez en cuando venía alguien del consulado de Francia para asegurarse de que no me habían apaleado ni sometido al tormento. ¡Qué prestigio me daba esto,



P. Ivan Bonoff, sacerdote búlgaro. (De fotografía).

aun á los ojos de los gendarmes y de los carceleros! Mi persona era inviolable como la de los reyes.

Algunas veces las buenas Hermanas Oblatas de la Asunción venían á visitarme; entonces distribuía narajas y golosinas entre los más pobres y los enfermos, sin exceptuar á los musulmanes que las aceptaban agradecidos.

Muchos de mis compañeros eran de tal manera devorados por los bichos, que hasta se ponían enfermos. Sus asquerosos vestidos caían á pedazos; la ropa blanca, que no se lavaba jamás, no era sino un guñapo mal oliente é infecto. Sacrifiqué mis pequeños recursos en comprarles á todos una camisa nueva.

Iba, en fin, á ser puesto en libertad á consecuencia de las apremiantes instancias del consulado de Francia; pero de antemano tuve que sufrir dos interrogatorios sumarios.

En el primero se limitó el juez á preguntar nuestros nombres y apellidos, calidad, etc., sin hacer la más leve mención del delito de que se nos acusaba.

En el segundo interrogatorio, nos hicieron las mis-

mísimas preguntas. En seguida vimos que se levantaba el procurador de los tribunales y leía con gran velocidad una larga lista en la que se sucedían nombres propios sin fin, seguidos cada uno de ellos de un número variable de años de prisión.

Sorprendido de semejante desenlace, no podía dar crédito á mis oídos y daba de codo á mi vecino preguntándole:

—¿Comprendes, acaso, lo que están leyendo?

El presidente, que notó mi gesto, interrumpe al procurador y preguntó lo qué yo había dicho.

—*Effendi*, respondí respetuosamente, he preguntado á mi vecino si comprendía la lectura que se nos estaba haciendo, porque yo no entendía ni jota.

—Se trata, me dice el presidente con tono de satisfacción, de las sentencias del tribunal y para ti en particular de una sentencia de absolución.

Y continuó la lectura. Fueron absueltos veintitrés prisioneros de los trescientos detenidos. Las penas variaban de quince á cien años de prisión. Más tarde supe que yo me había librado de la segunda cifra, la del siglo.

Variedades

SUPPLICAS OIDAS

(DESPUÉS DE UNA PRIMERA COMUNIÓN)



N el palacio real de Turín (Italia), reinaba la alegría. Especialmente la Reina, la piadosa María Adelaida de Austria, gozaba sobremedera. En sus ojos, tantas veces llenos de amargas lágrimas, brillaba hoy un esplendor de felicidad celestial y una suave sonrisa dormía en

sus labios. Acababa de adornar á sus dos hijas, María Clotilde y María Pía, para recibir por la primera vez el *Pan de la vida*.

A sus dos lados estaban arrodilladas las dos princepsas en la capilla del palacio, bajos los ojos, las manos juntas con devoción tierna é infantil. Y cuando volvieron de la Sagrada Mesa, inundado el rostro en celestial dulzura, una angustia se apoderó del corazón de la piadosa madre. ¿Qué pedirán sus hijas á Jesús Sacramentado? ¿Qué le rogarán en esta hora, la más feliz y más bella de su vida inocente?

¡Oh! ¡cuánto había que pedir para las hijas de Víctor Manuel! Un espíritu malo andaba por el palacio real de Turín. El Ministro Cavour gobernaba con mano férrea al rey débil y corrompido. Apoderarse de la península entera, era el fin del omnipotente ministro, y bien sabía la reina que para conseguirlo era preciso pisar los derechos más santos del mundo y robar al Vicario de Cristo y á la Santa Iglesia sus Estados. Pero nada podía sobre el corazón de su esposo real: Dios sólo podría cambiar aquella vil alma. ¿Pedirán las dos niñas inocentes esta gracia á su Señor Eucarístico? ¿O pedirán por lo menos para sí mismas un porvenir dichoso, un porvenir santo? ¡Ay! ¡cómo se angustiaba el corazón de la madre, al mirar á sus hijas! ¡Cuán raro es, que sea completamente feliz una princesa real!

Pasó la función y salieron de la capilla. Las dos niñas recibieron las felicitaciones de la Corte. Durante el solemne desayuno reinó una alegría extraordinaria.

Solamente después que salieron los huéspedes, madre é hija quedaron libres.

La madre llamó aparte á las niñas y contemplando con una mirada larga y profunda sus ojos claros é inocentes, les preguntó: ¿Qué han pedido hoy ustedes á nuestro Señor?

Con gravedad contestó la primera, María Clotilde: «Yo pedí al Señor, que no me haga reina, pero sí que me haga santa.»

Al oír esto la otra más jovencita, sacudió la cabeza y exclamó: «¡No, no! yo quiero ser una reina grande, rica y dichosa; eso es lo que pedí yo.»

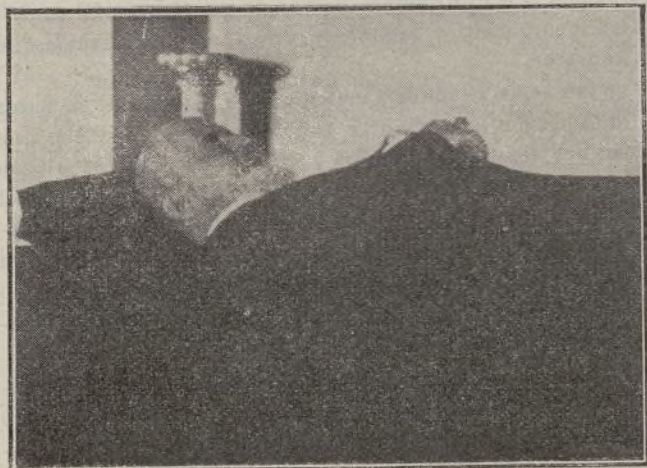
María Adelaida se calló, pero con santo respeto besó la frente blanca de su hija mayor.

Poco después murió la reina. No alcanzó á ver la noble hija de los Habsbúrgicos, como su esposo, aliado con Napoleón III, empezó la guerra contra su patria austriaca, aquella guerra que terminó en los campos de Magenta y de Solferino. La víctima de la alianza entre los dos Príncipes impíos fué María Clotilde. Apenas tenía dieciséis años, cuando la casaron con el primo del Emperador francés, Jerónimo Bonaparte, hombre vividor y ya viejo. Dios sólo sabe lo que tuvo que sufrir la santa y angelical señora en este matrimonio. Pero ella sufría como una heroína cristiana y era fiel á su indigno esposo. Vivía en el más estrecho retiro, y todos los consejos de la Emperatriz Eugenia de divertirse en este mundo y de entregarse á la vida espléndida y ligera de la corte en las Tullerías, los rehusaba ella con indignación. La oración, las obras de caridad y los cuidados tiernísimos por sus hijos llenaban su desgraciada vida.

Y cuando el Príncipe Jerónimo estaba para morir, entonces llamó por fin á esta mujer fuerte, cuyo valor antes había desconocido, y ella tuvo la dicha de salvar el alma de su esposo. Este murió en sus brazos con verdadero arrepentimiento y reconciliado con su Dios.

Desde este momento María Clotilde se retiró aún más del mundo, y en el castillo de Moncalieri vivió como las viudas consagradas á Dios en los primeros siglos cristianos.

La hermana menor, María Pía, realmente llegó á ser reina, reina en el bello y risueño país de Portugal. Era



SU EMINENCIA EL CARDENAL VIVES, expuesto su cadáver en capilla ardiente

† 7 Septiembre 1913 (Véase página 218)

rica y feliz, y gozaba de todos los placeres del mundo, tenía lujosos vestidos, brillantes joyas, y su vida era una serie de fiestas que se sucedían sin interrupción ninguna. Era querida por su esposo y adorada por el pueblo, y hasta por su misma tendencia á derrochar era llamada amable. Su vida parecía un solo día de verano, largo, brillante y radioso, pero un día de verano que iba á terminar con una tempestad tremenda, la desdicha de su vejez... Su hijo y su nieto cayeron heridos por la mano de un asesino, y poco después tuvo que salir huyendo con el otro nieto, el rey Manuel, destronado.

Volvió al país de su juventud, al Piamonte, y allá se encontró otra vez con su hermana Clotilde. La dichosa venía á la que tanto había sufrido, la reina á la santa, para buscar consuelo y fuerza en los días tristes y pesados de su vejez.

Cuando el día 25 de Junio de 1911 María Clotilde

cerró los ojos, el pueblo de los alrededores de Turín se lamentaba: *¡Ha muerto la santa princesa!*—Quince días después la ex-reina de Portugal siguió á su hermana á la tumba.

Las dos habían conseguido lo que habían pedido el día de su primera santa Comunión: María Pía fué reina, María Clotilde santa.

De la vida de esta santa mujer se cuenta una anécdota que bien prueba su grande amor al Sagrado Corazón.

Había estallado la guerra franco-alemana. Apenas se supieron en París las primeras derrotas del ejército francés, unos sacerdotes piadosos, el Sr. Guiot y el abate Arpin de la iglesia de San Roque, concibieron el plan de consagrar el imperio francés al Corazón Divino de Nuestro Señor. Comunicaron su plan á la santa princesa; ella lo aceptó en seguida con todo el fervor piadoso de su generosa alma, y lo propuso á la emperatriz con tanto entusiasmo que ésta, muy poco instruída en materias religiosas, se fué al convento llamado *des Oiseaux* para preguntar á la Madre Superiora, cuál era el origen de la devoción al Sagrado Corazón y qué visiones había tenido la Beata Margarita María de Alacoque. Por fin, se propuso ir en procesión vestida de luto á la Catedral de Nuestra Señora y consagrar todo el imperio al Divino Corazón.

Ya era tarde. Después de la derrota de Sedán el 2 de Septiembre de 1870, se proclamó la revolución.

La emperatriz Eugenia tuvo que salir huyendo por una puertecita lateral del palacio y vivir disfrazada largo tiempo en casa de un dentista americano.

También á la princesa Clotilde le aconsejaron esconderse. Pero ella, con serenidad y tranquilidad soberana contestó estas palabras sencillas y memorables: *Miedo y Saboya nunca se encontraron*. En su propia carroza bien conocida en las calles de París, acompañada por sus sirvientes y lacayos con sus libreas, salió de su palacio para la estación, por medio de la muchedumbre revolucionaria, que respetó tanta grandeza de corazón y tanta santidad.

Bien mereció un alma tan sublime que la Sección Italiana XXII Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, en su sesión de 25 de Junio de 1911, celebrara la memoria de esta princesa heroica, de esta esposa santa, de esta madre ejemplarísima. Profundamente conmovieron á la Asamblea las palabras del Doctor Zanzi, y al fin de su discurso, todos rezaron de rodillas un *De profundis* por el descanso de María Clotilde de Saboya.

BIBLIOGRAFÍA

Esta Casa acaba de editar el precioso libro *Sentimientos espirituales del V. P. La Colombiere*, de la Compañía de Jesús, por primera vez elegantemente traducido al castellano por el Padre Longinos Navás, de la misma Compañía. Son páginas que saborearán con verdadera delicia todas las almas amantes de la perfección, como lo era el insigne Padre, que el mismo Jesucristo se dignó asociar á la Beata Margarita Alacoque, para la propaganda del culto á su Sagrado Cora-

zón. Desde entonces el nombre del P. La Colombiere va estrechamente unido al de la devoción al Corazón Sacratísimo, tanto como el de la antedicha Religiosa de Paray-le-Monial, con quien compartió los consuelos y también las amarguras y coronas de espinas de su delicada misión. En estas páginas se transparenta toda el alma del Venerable, hoy en vías de beatificación, dándonos á conocer sus más íntimos sentimientos en cada uno de los días de Santos Ejercicios, siem-

pre al tenor de la meditación ó repetición de cada día, motivo por el cual juzgamos el libro de inapreciable valor para compañero del ejercitante, eclesiástico ó seglar, durante sus anuales retiros. Es bella obrita que puede pedirse á esta Administración.

F. S. y S.

Letanías del Corazón de Jesús, por Carlos Sauvé, S. J., traducido de la 2.ª edición francesa por el P. Francisco Salvador, C. M. F. Un volumen de 450 páginas, precio: 5 ptas. *Gustavo Gili*, editor, Barcelona.—Es obra que sumada á sus hermanas, *Jesús íntimo*, *Dieu íntimo*, *l'Ange et l'homme íntimes*, etc., ha merecido un *Breve laudatorio* de S. S. el Papa, que es su mejor elogio y prueba de su mérito. La caridad y amor recíproco entre Jesús y los hombres y el triunfo y la realeza del Sagrado Corazón por medio de la caridad, ideas son de las que están llenas todas de invocaciones de las Letanías, y recorriéndolas á la luz de las sabias consideraciones del autor, se siente el alma admirada y edificada, pues las Letanías son en sí fórmula de oración y tema de meditación de los más populares. Obras sobre las Letanías del Sdo. Corazón teníamos en España, la del P. Daniel M.ª Vives, S. J., que citamos por creer que ambos libros se completan: el del P. Vives, excelente por su concisión y claridad, es insustituible para la generalidad de los fieles; el del P. Sauvé es excelente para sacerdotes, predicadores y para los fieles que quieran ahondar mucho en tan sabrosa materia.

Gramática francesa: Ejercicios prácticos, Antología, Modelos de Correspondencia por el R. P. Luis Francoz, S. J.—Un volumen de 412 páginas, tamaño 21x14 centímetros, 4 pesetas ejemplar encuadernado. Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

La Gramática francesa del P. Francoz nos ha gustado por su claridad, por su concisión, porque es rica en ejemplos, aplicaciones prácticas de la regla á que se refieren, y porque está escrito con riguroso método didáctico. Adaptada á dos cursos de francés, se divide en cuatro partes: Gramática, Ejercicios prácticos, Antología y Correspondencia, de las cuales las tres primeras se subdividen en partes correspondientes al primero y segundo curso. En la parte gramatical, dejado lo puramente teórico, se hacen notar las diferencias y semejanzas de giros en ambas lenguas. La sintaxis está toda en francés; las reglas llevan como título el ejemplo en que se aplican: en éste deberán hacer hincapié, así el profesor como el alumno, para que el fruto práctico sea más sólido y rápido. Observa el autor que sigue lo recientemente prescrito por el Ministerio de Instrucción pública francés, referente á la simplificación de la ortografía y de la sintaxis y á la nomenclatura gramatical. Creemos que es obra digna de toda recomendación, excelente por texto en los Colegios de primera y segunda enseñanza y muy buena para el que quiera aprenderse el francés sin maestro.

Misiones del Uruguay: Organización social de las doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús.—Obra escrita por el Padre Pablo Hernández, religioso de la misma Compañía.—Barcelona, *Gustavo Gili*, Editor, MCMXIII.—En 4.º Tomo I, páginas XVI-608. Tomo II, págs. 740.

Notable es la obra cuyo título dejamos copiado, por la erudición extraordinaria de que en ella hace gala su autor, por lo bien que domina la ardua materia que estudia, por la imparcialidad que brilla en todos sus juicios. No es la presente obra, como advierte su autor al empezarla, una historia de las Misiones Guaraníes que fundaron los Jesuitas en la cuen-

ca del Río de la Plata, historia que para cuantos admiramos aquella obra colosal de la Compañía de Jesús, sería interesantísima obra monumental; la obra del Padre Hernández limitase (y conste que este *limitase* no quiere decir que el trabajo sea ni poco ni fácil), á estudiar las instituciones dadas por los Padres de la Compañía á aquellos indios: «el modo de vivir la familia, de gobernarse el municipio, de ejercer el derecho de propiedad, sus artes y ocupaciones, su instrucción religiosa y prácticas de piedad, la relación que guardaban con todos los demás organismos de la sociedad colonial española, á la que desde el tiempo de su conversión se habían incorporado, y finalmente, el grado de civilización que alcanzaron.»

Y tan vasta y compleja materia la va estudiando el autor punto por punto de manera tan completa y detallada, que bien pudiera decirse la apura y escribe sobre ella la última palabra; y complace y admira ver la paciencia de santos, el trabajo de héroes que derrocharon aquellos varones admirables, Jesuitas y también Franciscanos, para convertir en hombres civilizados, en excelentes cristianos á aquellos salvajes que habían descendido casi todos los peldaños de la escalera de la degradación social.

«Acompañan á esta obra, que va espléndidamente ilustrada con láminas, planos y mapas en colores, un número asombroso de documentos auténticos, muchos de ellos desconocidos hasta la fecha; de suerte que constituyen un filón preciosísimo é inexplorado para cuantos se dedican á trabajos históricos, y que en más ó en menos están relacionados con el turbulento alborear de las actuales repúblicas suramericanas. Para los religiosos en general constituye también un alto ejemplo y á la vez un timbre de gloria imperecedero, por lo cual no debiera faltar en ninguna de sus bibliotecas, así como tampoco en la de toda persona culta que quiera estar al corriente de toda la verdad en lo que atañe á las Misiones del Paraguay.»

Así recomienda la obra del P. Hernández la importante revista agustiniana *España y América*, recomendación que hacemos nuestra, extendiéndola muy especialmente á nuestros amigos los misioneros católicos, seguros de que será provechosisima á todos ellos la lectura de tan sabia obra.

Urbanidad y buenas maneras del sacerdote, por L. Branche-reau, superior del Seminario de Orleans. Traducido de la décima edición francesa, por el Padre Dionisio Fierro Gasca, escolapio.—2.ª edición. Precio, 3'50 pesetas.—*Gustavo Gili*, editor, Barcelona.

A su tiempo se recomendó en estas páginas la primera edición de este libro que comprende todo lo referente á la cortesía que ha de mantener el sacerdote en las relaciones sociales con sus semejantes. Dedicado á los seminaristas, contiene cuanto necesitan saber para á su día ser sacerdotes dignos y delicados, gratos á sus semejantes y estimados por cuantos traten.

MIGUEL CASALS GAMBÓS.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

CUARTO TRIMESTRE

Ptas. Cts.

Para las Misiones más necesitadas

Elgoibar (Guipúzcoa).—Pedro J. Alcorta..... 2 15

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1913